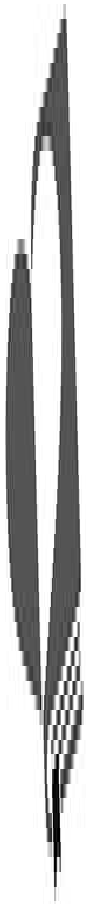
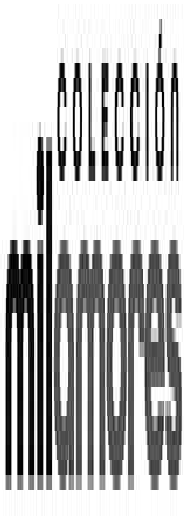
MONTSE ARISPÓN

Mar de septiembre

Mar de septiembre

Montse Arispón




COLECCIÓN
MONOGRAFÍAS

Mar de septiembre

ISBN: 9788419542731
ISBN ebook: 9788419542250

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Montse Arispón
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Hugo y a Esteban.

1

—Patricia, ¿cómo vas? Al final esta gente ha conseguido reserva para las nueve. —Asomó la cabeza por la puerta del baño—. Pero ¿aún sigues así…?

No le contesté.

Con la mítica barra de labios de Yves Saint Laurent, Rouge Pur Couture, en la mano derecha, a medio camino hacia la boca, seguí mirándome en el espejo de nuestro cuarto de baño, sin ver nada; atrapada en alguna oquedad de mi mente. Aún dolía con una intensidad punzante la reciente muerte de mi madre. Pero había algo más; algo inapreciable para el resto… y para mí.

¿Sería una fase más del duelo? ¿El cansancio tras meses de enfermedad y hospitales? ¿El hueco profundo en mi corazón que dejó su cuerpo inerte? ¿El derrumbe de la última columna que aún me sustentaba? ¿El regreso de mis hijos a sus pisos de estudiantes? ¿La incipiente vuelta a las clases, a mi rutina? ¿La pereza de relacionarme con compañeros antiguos y con las nuevas incorporaciones? ¿Los alumnos? ¿Cómo serían este año? Porque cada vez los veía menos comprometidos, más individualistas, muy consentidos y malcriados. ¿El revuelo de mis hormonas? Me adentraba en esa edad… ¿El no reconocer a la señora marchita frente a mí? ¿Que no me apetecía una cena vacía, con gente vacía, llena de conversaciones vacías sobre lo maravilloso de nuestras opulentas vacaciones? ¿El intercambio de fotos y más fotos? ¡Como si no hubiéramos tenido ya suficiente atracón con las que subíamos a Facebook! ¿O era por él? ¿El agujero insondable en mi interior tenía su nombre?

—No voy, Beltrán. —Dejé caer el pintalabios al lado de la plancha del pelo ghd max, aún caliente—. Me marcho.

2

No fui consciente del tiempo transcurrido en la playa de Fuentebravía, hasta que la tarde, todavía bastante calurosa, empezó a caer sobre el mar plateado.

Esta playa semiurbana es la más alejada de El Puerto de Santa María; colinda con la playa del Almirante, acotada esta por pertenecer a la base naval hispano-estadounidense de Rota.

Al ser tan recogida y de escasas dimensiones, en los meses de julio y agosto suele estar abarrotada de personas, en su mayoría familias provenientes de todos los puntos de la geografía española, e incluso extranjeras, atraídas no solo por las prácticas deportivas de la pesca, el submarinismo o el *widsurf*; sino también por sus chiringuitos, sus servicios y, muy en especial, por la belleza de una arena fina, dorada y unas aguas claras en una amplia gama de azules. Pero, a principios de septiembre, en una zona de veraneo como esa, la mayoría de la gente ya había regresado a sus hogares tras las vacaciones estivales, así que no habría más de una docena de personas salpicadas a los pies del acantilado.

Me incorporé para pasear por la arena mojada: estaba salteada de piedrecitas, algas parduzcas y restos de crustáceos con los que la marea en su retirada iba ribeteando ese rincón de la bahía gaditana.

Absorta en el sosiego de mis huellas sobre el contorno de espuma blanca que el vaivén de las olas, suaves a esa hora, dibujaba en la orilla, trataba de evitar que la escena de la noche anterior en Sevilla, en mi casa, en mi baño, con mi marido, se proyectara en mi mente como un bucle que me engulliría. Tanto había conseguido abstraerme en mi caminar pausado, que no vi a una señora muy mayor, agachada, recolectando conchas, hasta que estuve a punto de tropezar con ella.

—Disculpe —susurré.

La mujer pareció no oírme, porque siguió a lo suyo y yo, entendiendo que no la había importunado, regresé a lo mío.

Me senté, con las piernas recogidas a un lado, sobre la espuma y

mis huellas, permitiendo que el agua tibia mojara mis muslos, a contemplar cómo el sol naranja se escondía tras la silueta de la no tan lejana Rota. En su descenso, iba dibujando en el cielo un celaje en tonos dorados, azulados, violáceos y fucsias que se reflejaban sobre el mar. Respiré ese momento que, pese a estar cargado de realidad, se manifestaba ante mí como ilusorio. Pero de algo sí estaba segura: auténtico o imaginado, me pertenecía y nadie podía extender sus tentáculos para arrebatármelo. Esos minutos escasos antes del anochecer me ayudaron a reconectar fugazmente con una parte relegada de mí. Atisbé, por primera vez en mucho tiempo, a la Patri oculta tras una fachada construida por él, por Beltrán. Fue justo entonces cuando supe con certeza que había acertado al alejarme de mi vida para recapacitar sobre ella desde otra perspectiva; al menos de la vida que había llevado los últimos treinta años junto a mi marido.

Cuando, algo deslumbrada, posé de nuevo mi vista sobre la playa, ya casi desierta, comprobé que la señora mayor estaba realizando una bonita composición con las conchas que había recolectado. Dejé que las olas, en su muerte, continuaran empapándome, al tiempo que mi corazón se deleitaba con la tarea de aquella mujer de gafas, cabellos blancos y cuerpo menudo, ligeramente menguado por la edad.

Al término, firme, resistiendo las embestidas del océano, se adentró en sus aguas con las manos juntas, como si rezara, hasta que estas le sobrepasaron las rodillas; se detuvo; lanzó un beso al horizonte; se giró; salió con dificultad para mantener el equilibrio; recogió su bolso de croché con asas de carey y se marchó.

Empezaba a oscurecer cuando, sin dejar de seguirla con la mirada, yo también recogí mi cesta, me calcé las chanclas para, así de ensimismada, emprender el regreso a mi apartamento alquilado, hasta que sentí un golpe brusco en el costado. Un hombre que corría se había chocado conmigo y contra mi ensimismamiento. Mi cesta cayó por un lado, desparramando algunas de mis pertenencias, y él, por el otro.

—Lo siento: no lo he visto. —Azorada, me llevé las palmas a la boca—. ¿Se ha hecho daño?

El corredor se levantó sacudiéndose enérgicamente la arena de las piernas.

—No, no es nada.

—Estaba distraída…

—Yo también. No se preocupe. ¿Está bien? La ayudo…

—Sí, bien. —Y gesticulando una negativa en el aire, añadí—: no, deje. —le interrumpí, colocando de nuevo mis pertenecías dentro de la cesta de playa, al ver que él se reclinaba hacia mí.

El hombre, sin signos de dolor que me preocuparan, prosiguió su camino y yo el mío de vuelta al piso. Con el dichoso incidente, perdí de vista a la señora de piel clara y pelo blanco que tanta curiosidad me había suscitado.

3

Cuando entré por la mañana en el apartamento, me recibió un bofetón a humedad y a tristeza que me aturdió durante unos instantes, pero no quise entretenerme en abrir las ventanas para airearlo: a la vuelta dispondría de tiempo de sobra y me ocuparía de esos menesteres. Tras enviar sendos *wasaps* a mis hijos para informarles de que había llegado bien, apagué el teléfono y lo dejé, enchufado para que se cargara, sobre la mesita de la entrada. Al lado de esta, en el suelo, la maleta aún cerrada, junto a varias bolsas con comida que había comprado en el Día situado justo enfrente del centro comercial El Paseo, donde me detuve rumbo a mi destino: la urbanización de Fuentebravía. Eso sí, guardé los productos frescos y los congelados en el frigorífico, pero el resto podrían esperar hasta mi regreso. Me colgué al hombro la cesta que había preparado en mi casa y me fui a la playa, donde permanecí durante todo ese día.

La noche anterior había sacado un valor inesperado hasta para mí. Beltrán, quizás más preocupado por no llegar puntual a la quedada con su pandilla y, tal vez, envalentonado porque conocía a la perfección mi cobardía paralizante, se marchó a la cena.

—Ya hablaremos a la vuelta —. Más que una petición, aquella sentencia sonó a una amenaza postergada.

—No estaré aquí… —respondí sin girarme hacia él, con un hilo de voz imperceptible hasta casi para mí, disociada en mi imagen del espejo, que miraba sin verla.

—Eso dices siempre —añadió con su tono brabucón.

No me molesté en contestarle; sentía como si él y yo, en ese instante, y en muchos otros, perteneciéramos a planos diferentes de una misma realidad. Sus palabras tardaban en atravesar el muro de ensoñación que me envolvía y las mías se desvanecían antes de salir. Aunque esa sensación, la sordera selectiva de Beltrán cuando yo hablaba, no era nueva para mí.

Segundos después, en una lejanía sideral, como de otro mundo, oí

un portazo.

Ya a salvo en la habitación del hotel, contacté con el dueño del apartamento. Contacto que guardaba desde principios de verano, cuando le supliqué a Beltrán que nos fuéramos unos días a El Puerto, a un apartamento pequeño —para no tener que ocuparme de demasiadas tareas del hogar— porque necesitaba descansar tras la muerte de mi madre. Súplica, que, como siempre, él desoyó. Y programó unas vacaciones estivales, con su grupo —por supuesto—, repleta de viajes y actividades agotadoras.

—No está limpio.

Se excusó el hombre algo avergonzado al intercambiamos, él las llaves y yo la fianza y la mensualidad, en la cafetería de mi hotel.

—No se preocupe. No puedo estarle más agradecida por la prisa que se ha dado y porque haya hecho este esfuerzo para venir aquí antes de entrar a trabajar.

—Puedo llamar a alguien para mañana…

—No, no. De verdad se lo digo: ya me encargo yo.

Tras la entrega, no había tiempo que perder: me esperaba un mes de tranquilidad, un mes solo para mí.

O eso pensaba yo.

4

Esa primera jornada de *retiro* —por llamarlo de alguna manera— hice cuanto me plació. Antes de bajar a la playa, me detuve un buen rato en el mirador; con los rayos suaves del sol acariciándome la piel de la cara, limpia de maquillaje, solo cubierta por una capa de protector solar. Me apoyé sobre la balaustrada de piedra blanca para recrearme mirando aquel rinconcito, tan atrayente para mí, de El Puerto de Santa María. El Puerto posee un litoral extenso y de una belleza inconmensurable; con playas donde la vista no alcanza a vislumbrar el final de estas, a excepción de alguna, como es el caso de Fuentebravía. Desde mi posición, con solo una ojeada rápida, la divisaba al completo. En el límite de la izquierda, se hallaba el espigón de Punta Bermeja que la separaba de El Ancla y Las Redes, y que es fácilmente traspasable cuando la marea está baja. A la derecha, el otro espigón, una valla y un cartel que advierte de la prohibición de acceder a la base de Rota: «ZONA MILITAR PROHIBIDO EL PASO ART. 29. LO». Y precisamente Fuentebravía, la más recogida, la que no contaba con una orilla kilométrica de arena blanca que se desdibujara en el horizonte, era uno de mis lugares favoritos en el mundo. Me unía a ella un vínculo especial que no alcanzaba a ubicar en el tiempo, ni siquiera a racionalizar. Porque, con mi marido y sus amigos solíamos desplazarnos más por las costas onubense y portuguesa. De niña, con mis padres, aunque eran asiduos a Matalascañas —también perteneciente a la provincia de Huelva—, recuerdo haber pasado un par de domingos en Fuentebravía y, alguna vez que otra, cuando veraneábamos por el municipio portuense; solíamos hacerlo en Valdelagrana, como la mayoría de los sevillanos y jerezanos. Pero a mí, algo, imposible de encontrar en la memoria, me había cautivado de aquel rinconcito de la bahía de Cádiz. Las veces que Beltrán y yo íbamos hasta la costa gaditana en coche, él, sin excepción, conducía por la autopista de peaje, la AP-4; sin embargo, yo, cuando viajaba de pequeña con mis padres, o sola, ya de mayor, siempre lo hacía por la

nacional, N-IV. Porque ese momento en el que, desde la cuesta del toro, en la CA-31, junto al parque acuático, se atisba gran parte de la bahía, producía en mi estómago un cosquilleo ilusionante y en mi corazón una extraña sensación de plenitud. Plenitud esta, que transmutaba en un terrible vacío al regresar a Sevilla, como si una parte de mí se quedara en Cádiz.

Extendí la toalla muy cerca de la orilla. Me senté sobre ella con las piernas recogidas. Respiré el olor a mar. Primero con los ojos cerrados, después bien abiertos, para contemplar el vaivén de un mar un poco encrespado. El sonido de las olas en su lucha por morir en la orilla desplazó el espacio en mi cabeza que ocupaban ecos de mis propias batallas internas.

Cuando el calor apretó, decidí zambullirme en aquellas aguas atlánticas. Estuve tan centrada en mí y en mis apetencias, que no permití que ningún otro pensamiento se asentara en mi mente. Solo salí de mi reconcentramiento y del sosiego marino, el rato que estuve almorzando en el chiringuito.

Al regresar al piso, encendí el móvil con apatía. Tenía varias llamadas perdidas y demasiados mensajes a los cuales no tenía ninguna intención de responder. Chateé lo justo con mis hijos para asegurarme de que estaban bien: los demás esperarían hasta cuando tuviera ganas, si es que llegaba a tenerlas.

Fui a la ducha para quitarme de la piel el salitre y los restos de protector solar. Cené algo de fruta y un yogur en la terraza. Y, por último, me eché en la cama para seguir releyendo *La gran dama* de Pearl S. Buck, hasta que el sueño me venció.

5

A la mañana siguiente, una llamada telefónica me despertó. Medio dormida y bastante desubicada aún, respondí con voz resacosa.

—Estoy en El Puerto. Mándame tu ubicación.

—¿Bea? ¿En El Puerto? ¿Qué haces…?

—Supuse que andarías por Fuentebravía. Estoy en la rotonda frente a la base, así que dame la ubicación.

Sin pensar apenas y obedeciendo por inercia a su tono autoritario, tan interiorizado en mí, le envié un *wasap* con la dirección completa del piso.

No me había dado lugar a terminar de espabilarme, cuando Beatriz llamó de forma insistente al timbre. Abrí con desgana.

—Pero ¿a ti qué te ha dado? —fue su saludo.

—Hola —le respondí.

Entró con su aire soberbio y avasallador, como si el apartamento y yo le perteneciéramos, cerré la puerta tras su arrogancia. No me saludó, pero yo tampoco forcé el plantarle los dos besos de cordialidad; pasé por delante de ella y me dirigí a la cocina.

—¿Has desayunado?

Se vino tras de mí. Sin esperar su respuesta, dispuse dos tazas sobre la encimera mientras el olor a café, que tanto ansiaba, se extendía por toda la vivienda. En una eché una cucharadita de azúcar; en la otra, un poco de leche fría.

—Beltrán está destrozado. No respondes a sus llamadas ni a sus mensajes. ¿Tú crees que puedes desaparecer así, sin más?

Cogí las dos tazas con el café, se apartó para que pasara y vino tras de mí. Las dejé con cuidado en la mesita situada en la terraza con vistas al mar. Me senté. Beatriz permaneció de pie, con una mano en la cadera y la otra señalándome con un dedo acusador.

—Beltrán sabe lo que tiene que saber —le dije con aparente calma —. Y no sabía yo que os tenía que informar al resto sobre nuestra vida conyugal.

—Siempre has sido muy caprichosa.

Conocía de sobra el rostro enfurecido y déspota de aquella mujer, en el fondo y en la forma, tan parecida a mi marido.

—¿Te has hecho una hora de camino para decirme eso?

—Encima no te pongas a la defensiva.

Por momentos temí que se abalanzara sobre mí y me abofeteara, tal era la expresión de rabia de su cara. Pero no pensaba ceder ni un ápice, aunque me propinara un guantazo. Ya no, no más.

—Desde el cariño que te tengo, Bea —mentí, en el intento de apaciguar a la fiera y tratando de mantener la compostura—, este es un asunto solo entre mi marido y yo.

—Sois mis amigos los dos. Beltrán…

No tenía ganas de soportar el discurso que seguro había preparado durante el camino después de haber hablado con su *amigo del alma* y haber debatido sobre ello en la cena a la que no asistí y en el grupo de WhatsApp.

—Lo que me vayas a decir, ya lo sé.

—Es muy buen hombre.

—Lo sé.

—Un padre inmejorable.

—Lo sé.

—Trabajador, buen marido…

Pese a mi contención, empecé a indignarme cada vez más. Estaba muy harta de soportar a aquellas personas que realmente a mí nunca me habían aportado nada, salvo el mostrarme con cada palabra, con cada gesto, que jamás estaría a la altura de ellos.

—Eso tú no lo sabes.

Temí que los ojos le saltaran de las órbitas y la vena del cuello le explotara.

—¡Claro que lo sabemos! —gritó.

—¿Porque no me pega, lleva todo el dinero a casa y no se va de putas?

De eso último, yo no estaba tan segura.

—¡No te pongas en plan cínica! —gruñó aún más.

Por su actitud agresiva, parecía que era yo quien había entrado en la jaula del león, en vez de ser ella quien me importunaba con su visita hostil.

—Ya me conozco vuestra cantinela.

Bebí un poco de café, mientras pensé que el de Beatriz se estaba

enfriando sin que lo hubiera probado.

—¡Pues sé responsable! ¡Ya eres mayorcita! De vez en cuando podrías pensar algo en los demás.

La rabia bullía en mi interior, pero no le daría la satisfacción de mostrarle que sus palabras me estaban hiriendo. Nunca más.

—Esa es tu percepción, Bea —repliqué con una calma sorprendente hasta para mí.

—Bueno, pues cuéntame tú la tuya. Cuenta tu versión de los hechos. A ver si nos enteramos y, de paso, se entera Beltrán.

—No os debo explicaciones.

Ella jamás había sido ni la sombra de una amiga, nadie en quien pudiera depositar mi confianza.

—¡Qué cruel eres! Con lo que nos preocupamos por ti…

Miré de nuevo la taza blanca con florecillas de color rosa pálido.

—Cuando termines el café, márchate. Ya sabes dónde está la puerta.

Cogí la mía y me giré, dándole la espalda.

—¡No hay quien te entienda!¡No sé cómo el pobre te aguanta tanto!

Sus palabras, pese a permanecer erguida a medio metro de mí, sonaron lejanas. Eché un vistazo al mar, me esperaba.

—Con lo agradecida que deberías estar. De dónde te sacó… En lo que te ha convertido...

Sin mirarla, me levanté. Fui al baño. Escuché un portazo: por fin se había largado. Fue entonces cuando empecé a temblar como una niña pequeña tras una pesadilla: las piernas me fallaron y lloré con desconsuelo. Y, en verdad, estaba sola, no tenía a nadie con quien desahogar mi desazón, nadie en quien apoyarme. Y me hundía, me hundía poco a poco, cada vez más.

6

Me tiré de nuevo en la cama: la visita de Beatriz me había devastado. La silueta del mar se vislumbraba desde la ventana de mi dormitorio y una leve brisa acariciaba los visillos blancos a esa hora de la mañana. Así, con un temblor incontrolable, se atropelló en mi mente un batiburrillo de pensamientos: el recuerdo del sufrimiento inhumano de mi madre, las noches de hospitales mal dormitando en una butaca azul, el semblante hermético de los médicos cuando me comunicaron que ya no había nada más que hacer, la soledad, los supuestos amigos que nunca fueron mis amigos, mis hijos… ¿Cómo les afectarían mis decisiones en sus estudios, en sus vidas? En él, en Beltrán.

Por algún roto de aquella pena, se coló una de las últimas conversaciones que mantuve con mi madre durante una de las sesiones de quimioterapia en el Hospital de Día Oncológico del Virgen del Rocío.

—Hija, ¿tú eres feliz?

—¿Por qué me preguntas eso, mamá?

Le acaricié las manos. Tenía los ojos a medio cerrar, cansada después de tantas horas postrada en aquel sillón azul, reclinada hacia atrás y las piernas en alto. Yo estaba sentada a su lado, con dolor de espalda y de coxis, en una de esas sillas rígidas e incómodas destinada a los acompañantes de los enfermos. Miré su camisa desabrochada por los primeros botones, la vía inyectada en el Port-a-Cath, insertado dentro de su pecho huesudo, debajo de su clavícula derecha; su cara enflaquecida de pómulos marcados, sin cejas ni pestañas, envejecida; el pañuelo colorido con el que cubría su calvicie…

No me respondió enseguida: supuse que me había preguntado aquello casi sin ser consciente y que se había vuelto a dormir. Vagabundeé la vista por encima de ella, la recorrí por los demás pasillos de butacas, soportes, bolsas con los diferentes tipos de tratamientos oncológicos, máquinas azules que no dejaban de pitar y rostros desdibujados. El personal sanitario yendo de un lado a otro,

incansable, coordinado, como abejas en un panal. Los familiares a un lado, aguardando, consolando, leyendo una revista o algún libro, asistiendo, sujetando… AMANDO. Las largas jornadas en aquella gran sala diáfana me enfrentaron a la realidad de que el cáncer no era eso de los anuncios superfluos de lazos rosas y sonrisas: el cáncer mutilaba, apagaba las miradas e igualaba las facciones sin vellos.

Tragué saliva para apaciguar el nudo que me ahogaba en la garganta desde el día que su oncóloga negó con la cabeza tras revisar todas las pruebas que le habían realizado previamente y que trataba de disimular delante de ella y de mis hijos.

—Porque no eres la misma. —Entreabrió los párpados. Dirigí de nuevo la atención visual y mental hacia ella—. Antes eras divertida, juguetona… Te has vuelto muy seria.

Le besé las manos.

—Estoy algo cansada, mamá.

—¿Desde hace tantos años…?

—Llevo mucho para adelante, mamá; solo es eso. No te preocupes por mí.

Volvió a cerrar los ojos. Se pasó la lengua por los labios secos. Le acerqué su botella de agua, la rechazó con un gesto negativo de su dedo índice. Me miró sin girar la cabeza, con una pesadez que parecía querer hundirla en aquel sillón azul.

—Tú sabes la de horas que echaba yo en la pescadería para ayudar a papá, la casa, los abuelos, tú… —Se me saltaron las lágrimas al recordar cómo había luchado siempre. Y ahora… Besé sus manos de nuevo—. Nunca perdí la alegría de vivir, hija. Solo cuando papá… Ya sabes. Os he querido tantísimo a los dos… —Me llevé su palma sobre mi mejilla. Debió de notar que lloraba—. Y a ti hace años que te desapareció ese ángel del semblante. —Se rascó con cuidado cerca de donde tenía sujeta la vía—. Nunca me he inmiscuido en tus asuntos, hija. Lo sabes. —Asentí—. Ya no me queda mucho tiempo…

—Mamá…

Abrió los ojos para clavarlos en los míos.

—Patri, mi vida —Entonces fue ella la que se llevó mi mano a su cara: la tenía helada. Le subí la sábana blanca con el logotipo verde de la Junta de Andalucía hasta las axilas—, tú lo sabes y yo también: ya hemos pasado por esto antes.

En realidad, no lo sabía, porque, cuando mi padre enfermó, fue ella quien se ocupó de él por completo. Yo únicamente los visitaba, con

asiduidad, sí, pero nada más que una visita, al fin y al cabo; como una simple conocida o un familiar cercano; pero no como una hija. Estaba demasiado ocupada en mi vida sin sentido. Aquel no era momento para decirle cuán arrepentida estaba ni cómo de profundo llevaba clavado mi egoísmo o el entumecimiento que me mantenía, por entonces, alejada de ellos. Estaba segura de que, sin explicaciones, me comprendía y que era incapaz de albergar ningún rencor, mucho menos contra mí, su amada hija. Las madres, casi siempre, comprendemos mucho más de lo que nuestros hijos pueden expresarnos con palabras. Vemos más allá.

—Me preocupas, Patri. Me preocupas mucho.

Con la imagen de ambos, de mi padre y de ella, en mi mente; con las lágrimas mojando la funda de almohada y con el intento infructuoso de perdonarme por haberles relegado a un segundo plano durante tantos años, me quedé dormida de nuevo.

7

Al despertar, recordé mi intención de comprar pan, pescado y algo de fruta. No, esta vez los demás no influirían en mis decisiones. Ya era hora de ir cortando los hilos de esta marioneta que era yo entre sus manos. Me levanté, me aseé, cogí el coche y fui al Mercado de Abastos de la Concepción.

Los mercados y las bibliotecas son de visita obligada para mí cada vez que recorro una ciudad nueva. Entiendo mi interés por las bibliotecas, porque amo la literatura y adoro pasear entre esos pasillos llenos de historias aguardando a que alguien las rescate de sus hojas durmientes, o el irrefrenable placer que suscita en mí acariciar las cubiertas de ejemplares tantas veces leídos. Y no dudo de que mi siempre curioso paladar se halle detrás de esa fascinación por los mercados. Sin embargo, intuyo que existe algo más, algo atávico. Una conexión directa con los alimentos, sin intermediarios ni procesamientos complejos, antes de convertirse en nuestro sustento, nos retrotrae a épocas de una forma de vida más conectada con lo natural, más en comunión con nosotros mismo. Además, tiene el encanto añadido de ser un lugar de encuentro desde antaño. Y, quizás, también, porque el ambiente de los mercados me desplaza a mi niñez, a la alegría y al ambiente bullicioso de mi barrio de origen.

Antes de entrar, el aroma a calentitos que provenía de la Churrería Charo daba la bienvenida a los visitantes y compradores, e incitaba a muchos a acercarse y probarlos. Alguna mañana vendría a desayunar churros con chocolate, pero mejor cuando refrescara un poco porque, con el calor de primeros de septiembre, no me apetecía mucho. Ya en el interior, recorrí los pasillos con olor a mar, donde se ofertaba una gran variedad de pescados de la zona: marrajo, boquerones, gambas, doradas, lubinas, camarones, sardinas, cazón, chocos, puntillitas, caballas y atún, entre otros. Varios de los pescaderos pregonaban las bonanzas de sus artículos y aquello ayudó a que la añoranza de una pasado demasiado lejano se me clavara en el corazón. El puesto de

especias desprendía olor a cocina andaluza, a las alacenas de nuestras abuelas y nuestras madres, donde no faltaban canela, comino, orégano, tomillo, especias para espinacas, pinchitos o caracoles, clavo, pimentón, anís, laurel, pimienta blanca y negra, curry, cúrcuma, nuez moscada… Me surtí de varias de ellas.

Esperaba mi turno en una de las fruterías para ser atendida, contemplando con deleite el cuidado con el que habían colocado la fruta, las verduras y las hortalizas, y la explosión de colorido de estas, cuando un hombre pidió la vez tras de mí. Me giré por inercia y educación. Así, de pronto, su cara me resultó bastante familiar, aunque no supe ubicarla. No conocía a nadie allí, en El Puerto de Santa María, por lo cual supuse que debería tratarse de alguien de Sevilla. Pero, en ese primer instante, fui incapaz de ubicarlo. Tal como había llegado, deseché la idea de seguir preguntándome sobre él.

—Parece que hoy no nos tropezamos…

—¿Perdone…?

Pregunté desconcertada. Me fijé algo más en el caballero que aguardaba a mi lado. Efectivamente, me sonaba de algo, pero estaba segura de no conocerlo.

—Ayer…, en la playa….

Enseguida caí en la cuenta: se trataba del corredor con quien me tropecé la tarde anterior cuando andaba ensimismada siguiendo la marcha de la señora mayor con pelo blanco. Ahora sí que lo recordaba: por su culpa la había perdido de vista.

—Lo siento. —Noté que me sonrojaba—. Sí, ya caigo. No lo había reconocido. —Realicé un recorrido rápido por su cuerpo, en busca de algún atisbo de lesión—. ¿Está usted bien…?

—Sí, sí: no fue para tanto, mujer.

Mostró una sonrisa de hoyuelos alargados en las mejillas. Retiré la vista con rapidez sin corresponder a su afabilidad.

—¿A quién le toca? —preguntó el tendero.

Era mi turno. Salvada, le di la espalda al extraño y me centré en comprar, algo turbada porque aquellas situaciones sacaban la parte más tímida e insegura de mí. Por fortuna, había anotado qué necesitaba y me sirvió de guía. Al término, aboné la cuenta y me despedí casi en un susurro de ambos. Lo cierto es que no veía el momento de escapar de aquella situación que me resultaba tan incómoda, esas en las que no se tiene suficiente confianza con alguien como para entablar una conversación, pero sí la justa como para

intercambiar algunas palabras cordiales. Pero yo no me manejaba bien en esas lides. Así que, aferrada a las bolsas con mi compra, me escabullí acelerando el paso, sin perder la compostura.

8

El resto del día lo empleé en organizar la cocina, en hornear una dorada a la sal que saboreé con parsimonia, acompañada de una ensalada y uno de los excelentes vinos de la zona, una manzanilla Barbiana; también en dormitar un rato en el sofá bajo el fresco del aire acondicionado; en deshacer la maleta, mientras escuchaba música animada; en leer algunos poemas y en no rumiar mis cavilaciones más de lo necesario.

Por la tarde, cuando observé desde la terraza que la playa empezaba a vaciarse, bajé. Estiré la toalla en el mismo lugar que la jornada anterior, me senté; respiré y, entonces, sí noté un barullo de lágrimas en mi garganta. Tal vez la incipiente llegada de la noche me enfrentaba a mi soledad, allí y en mi vida. Decidí caminar un poco por la orilla para no prestarle demasiada atención a unas emociones que no me sentía con fuerzas de afrontar.

Paseé hacia el sur, con el espigón que delimita con la playa virgen de la base a mi espalda y Cádiz en el horizonte. Observando la silueta iluminada del Puente de la Constitución de 1812, los astilleros, el puerto, los edificios y la cúpula dorada de su catedral, decidí que uno de estos días tomaría el catamarán para visitar la capital, tan cercana y tan desconocida para mí, porque no solía ser uno de nuestros destinos a la hora de viajar. Los pies se me hundían en la tierra mojada, al tiempo que las olas golpeaban mis pantorrillas con fuerza. Pero, ni la silueta de la ciudad gaditana, ni el centrarme en la lucha de mis piernas contra las olas, lograron apartar de mi cabeza el recuerdo de la conversación con mi marido tan solo dos tardes atrás. Y cuya evocación aún se me agolpaba en la boca del estómago. Resonaba en mí su indiferencia al optar por marcharse a cenar con sus amigos en vez de intentar dialogar para resolver aquella situación; el portazo seco cuando se marchó y su frase lapidaria: «Eso dices siempre.» Mi mayor rabia era que tenía razón; como en un ciclo sin final, siempre regresaba a él, a su prisión de puertas abiertas. En vista de que el

paseo no deshacía mi nudo en la garganta, volví a la toalla. Me senté y, para qué resistirlo, dejé que las lágrimas cayeran sin más.

La señora mayor de pelo corto y blanco apareció justo a la misma hora y en el mismo sitio de la playa. La seguí con la mirada mientras ella recogía conchas y piedrecitas. El sol se ocultaba tras la silueta de Rota, mientras desparramaba un baño de oro sobre la arena y el mar. La mujer, de nuevo, dibujó un símbolo exacto al de la tarde anterior; al finalizarlo, se metió en el agua hasta las rodillas con las manos juntas, lanzó un beso hacia donde las aguas se fundían con el cielo. Al salir, tuve la impresión de que lo haría cubierta por una laca dorada. Recogió sus cosas y encaminó su regreso.

Al pasar por mi lado, se acercó a mí y me tocó el hombro.

—Un mal día, ¿verdad, hija?

Mi expresión debió de describir la sorpresa por su afirmación. Reparé en su rostro de gafas plateadas y rebosante de ternura.

—¿Cómo lo sabe?

Se cambió de mano las asas de carey de su bolsa de corché.

—Porque yo he tenido muchos.

No se entretuvo más tiempo, como si tuviera prisa, solo me habló y prosiguió su camino. Ni me volví a seguir su estela para averiguar hacia dónde se dirigía. No. Me quedé quieta, allí sentada. Inmóvil. Fue entonces cuando mis barreras terminaron de caer. Y lloré. Lloré hasta que solo nos quedamos el sonido de las olas, el llanto y la oscuridad más absoluta, fuera y dentro de mí.

9

Tras la catarsis de la noche anterior, amanecí con los ojos más hinchado de lo normal, pero algo más ligera, como si me hubiera quitado del pecho una losa, y renovada. Me puse un vestido de tirantas, me calcé las chanclas y, frente al espejo de la entrada, me recogí el pelo en un moño, sujeto con una pinza. Oí en mi cabeza la voz de Beltrán: «¡Quítate esa pinza del pelo: pareces una choni!». La desobedecí. Aunque no sabía cómo iba a borrar todas las órdenes que había taladrado en mi mente, aquello era un inicio. Y así, sin nada de maquillaje, salí a desayunar.

Al principio, acostumbrada a llevar una mano de pintura hasta para andar por casa, la media melena perfectamente planchada, los zapatos de tacón y la ropa de la sección de señoras de El Corte Inglés, me sentí desnuda y vulnerable; como si fuera hecha un adefesio. El pensar que quienes se cruzaran conmigo solo repararían en mis arrugas, la falta de tersura de mi piel o en lo zarrapastroso de mi recogido me suscitaba bastante inseguridad. Pero esos pensamientos inducidos no me frenarían, ya no.

Algo rara por mi nueva forma de actuar, entré en un bar cuya terraza tenía amplias vistas hacia la bahía gaditana. La brisa matutina era muy agradable e incitaba a sentarse fuera. Y así lo hice. El Atlántico, de un azul profundo orlado de vez en vez con encajes blancos, permanecía en calma. Un reguero discontinuo de personas practicaba deporte a esa hora de la mañana. Algunos paseaban, otros trotaban a buen ritmo; muchos, embutidos en mallas y zapatillas a juego, corrían con destreza; y, otros, simplemente jugaban con sus perros. Un camarero joven y muy amable reclamó mi atención:

—¿Qué va a tomar?

Con una sonrisa en los labios y un bolígrafo Bic entre los dedos, se dispuso a anotar en una libreta pequeña.

—Un café con leche y una tostada de mollete con aceite, tomate y jamón, por favor.

Alguien se había dejado el periódico del día sobre una de las sillas, él hizo el ademán de retirarlo, pero le pedí que me lo dejara. Mientras esperaba a que me sirvieran, lo abrí por el final y empecé a leer las noticias culturales.

A los pocos minutos, otra chica regresó con una bandeja.

—Buenos días.

Dejó sobre mi mesa la taza humeante y el pan, cuyos aromas les precedían.

—Muchas gracias —le respondí.

Sacudí el sobre del azúcar antes de abrirlo. Llevaba escrita una de esas frases inspiradoras tan de moda, que no inspiran cuando se está en el lodo, como era mi caso. «No vivas para que tu presencia se note, sino para que tu ausencia se sienta», atribuida a Bob Marley. Pues en ese momento no estaba segura de cumplir ninguna de las dos sentencias. Tras vaciar su contenido, la arrugué hasta hacer con ella una pelota que dejé sobre el plato, junto a la cucharilla mojada por los restos del café.

Tomé el primer sorbo: delicioso. Intenté centrarme en la lectura de las noticias nacionales, hasta que la camarera regresó a la terraza de nuevo.

—Un carajillo —pidió un hombre sentado en otra mesa cerca de mí, levantando su brazo derecho para llamar la atención de ella.

El septuagenario —según mi cálculo—, tras pedir su bebida a la chica, prendió una cerilla para encender su pipa sin dejar de contemplar el mar, como si no hubiera nada más en el mundo en ese instante.

Recogí mi atención para no importunarlo, la centré en el periódico, en mi café, en mi tostada y en las embarcaciones, a lo lejos, desplazándose tan lentamente que parecían estar congeladas en un lienzo.

—Esto ya empieza a ser sospechoso.

Esta vez sí reconocí aquella voz, tediosa y familiar a partes iguales. Levanté la cabeza hacia el hombre que fumaba en pipa: seguía abstraído. Miré al otro lado.

—O usted me sigue a mí o yo la sigo a usted. Y yo estoy seguro de no seguirla.

De nuevo el corredor. Sonreía. A él le debió de parecer gracioso el comentario: a mí no. Le respondí con una mueca, intento fallido de otra sonrisa.

—Sí, es curioso —me oí balbucir por puro compromiso, sin haberme percatado de cuánto tiempo llevaría sentado en una mesa no muy distante de la mía.

En ese momento llegó a su encuentro el primer camarero.

—Su cuenta, señor.

El corredor le dio un billete de diez euros.

—Cóbrate también el carajillo del caballero —El aludido agradeció el detalle con un levantamiento de cabeza y ceja—, el desayuno de la señora y quédate con la vuelta.

—No, por favor… —protesté.

—Insisto.

Se incorporó, dio unos pasos hasta mí. «¡No! Ahora me querrá dar charla», protesté para mis adentros. Él me tendió la mano.

—Por si nos seguimos de nuevo, Leandro.

Accedí a corresponder su saludo de mala gana. Me turbó el tacto de un hombre diferente a mi marido en un sitio fuera de mi entorno.

—Patricia.

—Encantado, Patri.

Me desconcertó ese descaro con el que acortó mi nombre. Ni recordaba cuánto tiempo hacía que alguien distinto a mi madre no me llamaba así. Un cosquilleo dulce revoloteó en mi estómago. Pese a ello, retiré mi mano enseguida. Y, poco a poco, dirigí la atención de nuevo al diario. Entendió la indirecta y giró su cuerpo en dirección a la puerta de salida.

—Encantada.

Se marchó y yo regresé a mi lectura, a mi desayuno, al olor del tabaco de pipa y a mi sosiego.

10

El tercer día de playa fue un calco del primero: leer, contemplar el mar, deambular la vista por la poca gente, bañarme, tomar el sol, pasear, sentarme en la orilla, comer en el chiringuito sardinas asadas acompañadas con una copa de buen vino… y no pensar demasiado.

Cuando la tarde empezó a caer, deseé que aquella mujer misteriosa apareciera para realizar su ritual diario: no me equivoqué. Llegó, recolectó conchas y piedrecitas. Y, cuando empezó a dibujar en la arena, me levanté para contemplarla de cerca.

No pareció que mi presencia le importunara, porque ella siguió a lo suyo, sin reparar en mí. Al finalizar, unió las manos, se adentró en el mar hasta las rodillas, lanzó un beso y regresó. Se detuvo a mi lado.

—¿Qué es este dibujo? —me atreví a preguntarle.

La anciana se quedó parada, en silencio, un par de minutos a mi lado.

—Un mensaje para la sirena —dijo al final.

—¿Sirena…! —Jamás habría esperado esa respuesta.

Sentí que quizás había sonado algo brusca.

—Sí, por la noche se acerca a la orilla y lo lee.

No abundé en lo absurdo que me resultaba aquello; por el contrario, mi sensatez necesitaba más datos para encontrarle algo de racionalidad.

—¿Y qué significa?

—Es un mensaje para la sirena —atajó cortante.

Permanecí allí, quieta, intentando descifrar aquel símbolo extraño mientras ella recogía sus bártulos. Regresó hasta mí.

—Tú tienes un agujero en el alma, tan grande que se te ve por los ojos. —Agaché la cabeza—. Como yo.

Se dio media vuelta para marcharse.

—¡Espere! —Recogí mi toalla y la cesta a toda prisa para que no se me escapara—. ¿Me permite acompañarla?

No contestó, pero percibí que no le desagradaba. Anduvimos en

silencio hasta subir al mirador. Desde arriba contemplamos la playa de Fuentebravía al completo, a oscuras, alumbrada solo por los restos del sol muriente.

—Todavía es muy temprano: la sirena sale más tarde.

—¿Usted la ha visto?

—No quiere que la vea nadie.

La iba a acribillar con esa sarta de preguntas tan lógicas como pedantes, de esas que se lanzan contra una persona, más para demostrarle que tienes razón que para escuchar los argumentos que esta pueda esgrimir. Pero preferí cobijarme en la paz que ella me transmitía a estar en lo cierto.

Se quedó un poco más así, oteando el mar, hasta que la bahía se quedó totalmente a oscuras. De rato en rato, se vislumbraba a lo lejos las ráfagas intermitentes de un faro.

—Hasta mañana.

Se marchó. No la seguí ni me ofrecí a acompañarla: noté que quería estar sola.

De vuelta al piso, me alegré de que el corredor no hubiera interferido en mi momento con aquella mujer enigmática.

11

Por la mañana volví a desayunar en el mismo lugar, esta vez sin interrupciones. Al terminar, bajé a la playa y repetí exactamente lo mismo que la jornada anterior. Cuando empezó a atardecer, de nuevo la señora mayor, de nuevo su ritual, y de nuevo yo a su lado. Mientras ella iba a por sus enseres, fotografié aquel símbolo extraño. Mi intención era averiguar su significado sin someterla a un interrogatorio impertinente.

—¿Me permite invitarla a tomar algo?

Me reproché el atrevimiento y un súbito calor me subió por las mejillas temiendo una negativa.

—¡Vamos!

Casi no me dio tiempo a reaccionar. La seguí hasta el bar donde yo desayunaba. Entró en avanzadilla saludando a cada uno de los empleados por su nombre. Se dirigió hacia la terraza y eligió la mesa donde cenaríamos. Nos sentamos. Un camarero, diferente al de las mañanas, anotó nuestra bebida y nos dejó un par de cartas. Pasado unos minutos, regresó con un par de copas de Maestrante semidulce y nosotras aprovechamos para decirle lo que íbamos a comer. Se marchó de nuevo.

—Desengaño amoroso.

Bebió un poco.

Yo dibujaba senderos sobre la capa de sudor frío del cristal de la mía antes de llevármela a los labios y su sentencia tan acertada me pilló desprevenida.

—¿Qué?

—Tu abatimiento se debe a un desengaño amoroso.

Acercó hasta ella la cesta con los cubiertos que nos habían traído, cogió los suyos, abrió uno de los paquetitos con picos y se llevó uno a la boca, lo mordió con ese sonido crujiente tan característico.

—No sé si sigo queriendo a mi marido —me oí afirmar por primera vez.

Había algo en ella que me incitaba a vaciar lo que llevaba dentro, sin miedo a no ser comprendida o a ser juzgada.

—Muy habitual…

—Últimamente todo me molesta en él. —Bebí un poco de mi vino sin paladearlo—. Desde que mis hijos se han ido, noto que ya nada me une a él. Y casi prefiero que no coincidamos: no aguanto su presencia.

—Sesenta años estuve con mi marido, y nunca estuve enamorada de él.

Por fin alguien que hablaba mi idioma, alguien que parecía entenderme.

—Tampoco estoy segura de haber estado enamorada de él nunca —dudé en voz alta. Hasta a mí me sorprendió la frase que mis labios acababan de pronunciar—. Pero la vida debe ser algo más… Yo antes creía en el amor…

Por fin sentía que podía compartir mis tribulaciones con alguien y aproveché esa complicidad para explicarle un poco de lo ocurrido durante los últimos meses.

El camarero regresó con una ensalada, otras dos copas de Maestrante y un plato de *pescaíto* frito variado.

—¿Cuánto tiempo vas a huir?

—¿Huir? —Bebí, y esta vez sí me recreé en su sabor: estaba fresquito y realmente bueno—. No lo había visto así. Necesitaba tomar distancia, alejarme de él para ver con claridad qué hacer con nuestra relación. ¿Esto es el amor? ¿Así son las relaciones? Siento que hay algo en nuestra pareja que apesta.

Me arrepentí de la expresión tal como la oí salir de mi garganta. Ella comía con parsimonia, con la misma que pensaba, paladeaba el vino, se limpiaba las comisuras de los labios o hablaba. Yo prefería observarla que comer. Sita, ese era su nombre, había tenido que ser una mujer bastante guapa cuando joven, porque guardaba una hermosura tierna, suave, aunque sus gestos y comportamiento fueran tajantes y firmes.

—Lo siento —dije avergonzada.

Le quitó importancia moviendo en el aire el tenedor.

—No te resignes.

No esperaba que una señora mayor me aconsejara aquello, cuando la máxima habitual entre las mujeres de su edad solía ser un «hay que aguantar, hija». Consigna impregnada bajo nuestra piel durante siglos.

—Una vez hubo magia en mi vida…

Algo parecido a un brillo difuso refulgió en sus ojos empequeñecidos. Me contuve para no adelantarme y preguntarle. Mastiqué un trozo de choco mientras la observaba, paciente, beber un poco de agua.

—Una vez hubo alguien en mi vida…

Los ojos se le humedecieron tanto que preferí callar. Apuramos al unísono nuestras copas.

Aguardé unos segundos eternos. Pero ella no volvió a hablar, así que proseguí yo:

—Me he sentido tan sola durante la enfermedad y la muerte de mi madre…

Sita me tomó la mano.

—Las despedidas nunca son fáciles, hija… Y más cuando una no se siente apoyada.

De nuevo ese brillo acuoso en su mirada. No le pregunté, supuse que lo había sentido en sus propias carnes cuando falleció su marido y por la ruptura con ese *alguien*.

—Creo que Beltrán no estuvo a la altura. No sentí que empatizara conmigo, que le importara mi tristeza lo más mínimo. —Solté con brusquedad el tenedor sobre el plato—. Yo siempre tenía que estar lista para quedar con sus amigos, sobreponerme y salir con ellos a escuchar sus simplezas. —Crucé los brazos, como una niña enfurruñada—. Por más que se las den de intelectuales.

Sita me escuchaba con atención, comiendo muy despacio. No recordaba la última vez que a alguien le importó lo que yo necesitaba expresar.

12

Durante mi desahogo con Sita, quizás me pasé un poco con las copas de vino, porque a la mañana siguiente desperté con jaqueca. Me levanté, desayuné para tomarme un analgésico y, tras comprobar que no surtía su efecto, regresé a la cama. Pensando en nuestra charla, me quedé dormida.

Me despertó el sonido incesante del móvil. De nuevo una llamada de Beltrán. Lo dejé a un lado. Al segundo, sonaron varios mensajes:

«Patricia, tenemos que hablar. Esto no se puede quedar así. Tenemos que solucionarlo».

No pensaba contestarle, pero lo hice:

«Te pedí tiempo».

«Ya llevas casi una semana desaparecida».

«No he desaparecido, sabes dónde estoy. Una relación de treinta años no se piensa en dos días ni en tres ni en una semana».

«Patricia, estás siendo una inmadura; tienes responsabilidades».

«Necesito tiempo para mí. Volveré cuando esté preparada».

No esperé su respuesta. Bloqueé el móvil.

Seguía con una molestia pesada en la cabeza, que habían acrecentado los mensajes de mi marido. No me apetecía salir; además el día había amanecido caluroso y pensé que el malestar se agravaría. Recogí lo poco que había que recoger, limpié lo poco que había que limpiar. Cociné un arroz con chocos, me quedó riquísimo. Lamenté no tener el teléfono de Sita, porque me hubiera encantado invitarla a almorzar conmigo. Después de comer, me senté a dormitar una película bastante previsible. Al espabilarme, empecé a buscar en internet el símbolo que Sita dibujaba cada día en la arena. Pero nada, ni rastro de su significado.

Al atardecer sí bajé a la playa: quería encontrarme con ella. Esperé sentada en la toalla a que terminara su ritual; tras este, se acomodó junto a mí.

—Una vez conocí ese amor del que tantos poetas hablan.

No sé por qué, cuando vemos a un señor o a una señora mayor nos resulta difícil imaginar que, bajo esa piel curtida por los años, habita un corazón palpitante, como el nuestro, y que en su juventud debieron de vivir las mismas pasiones que el resto de las personas. Aunque, lo mismo les ocurre a mis hijos con respecto a mi generación: nos ven como a carcamales muy alejados de ellos. Y no es así.

—¿Qué ocurrió?

Agarró las asas de su bolso de croché y se revolvió intranquila.

—No pudo ser… Matrimonios… hijos… Muchas veces la vida nos atrapa. Como las olas a mi sirena.

Intenté hablar más con ella, preguntarle si le apetecía cenar de nuevo conmigo. Pero me dio un par de palmaditas en la pierna, se levantó sin permitir que la ayudara y se marchó.

No tuve la oportunidad de preguntarle más acerca de su vida, pero, de repente, aquel par de palabras —«mi sirena»— cambiaba mi enfoque sobre ese asunto. Algo se heló en mi interior: ¿y si la sirena existió de verdad? ¿Y si la sirena era, en realidad, su hija? ¿Y si esta se había ahogado en el mar? Me quedé allí clavada, preguntándome qué habría ocurrido. ¿Se habría ahogado de niña? ¿Quizás de adolescente? No pude soportar la idea de que alguien perdiera a un hijo, y menos de aquella manera.

Subí al mirador y me senté en uno de los bancos de piedra, dando la espalda a un mar que se acaba de convertir en un lugar triste. Llamé a mis hijos.

13

La historia de Sita, o como yo supuse que habrían acontecido los hechos que la llevaban a realizar aquel ritual, me había desolado. El desgarro, el vacío por la pérdida de un ser querido aún latía en mi interior tras la muerte de mi madre, y aquello lo revolvió. No podía ni imaginar el dolor de Sita. Como tampoco me sentía con ánimos para bajar a la playa sabiendo que allí, tal vez, había perdido a su hija. Y, mucho menos, verla repetir ese ritual, que ahora se había cargado de una zozobra inmensurable para mí.

Pero tampoco tenía ganas de quedarme encerrada en el piso: estaba limpio y recogido; no dudaba de que, con ese otro pesar añadido, se me caería encima. Por ello, necesité salir, dejar de estar tan reconcentrada en mí, al menos, durante unas largas horas, y respirar fuera del aire tan viciado de mi interior.

Recordé mi deseo de viajar hasta Cádiz en catamarán. La idea me ilusionó bastante. Así que, sin pensarlo dos veces, me duché, elegí un vestido fresquito, unas sandalias planas para andar cuanto me placiera sin que me dolieran los pies, recogí mi pelo, otra vez, a la nuca con una pinza, y salí, de nuevo sin maquillar. De hecho, había echado los productos de maquillaje en la bolsa de aseo por costumbre, pero no tenía ninguna intención de seguir disfrazándome ni para mí ni para nadie.

Cuando llegué a la avenida de la Bajamar, no se encontraba demasiado concurrida. Lo agradecí. Tuve suerte, al girar hacia la calle de Los Moros en busca de aparcamiento, me percaté de que un coche dejaba libre una plaza. Estacioné. Con mi bolso colgado en el hombro derecho y apoyado sobre la cadera izquierda, y los rayos de sol acariciándome la piel, emprendí mi camino hacia la terminal marítima. Esta se hallaba ubicada en el edificio de la Pescadería, que había heredado su nombre por haber acogido durante siglos a los rederos y la llegada de los barcos de pesca, tras faenar durante jornadas extenuantes, cargados con cajas llenas de sus capturas. A

simple vista, se apreciaba que la restauración era relativamente nueva y que habían respetado al máximo su fisionomía anterior. Aún conservaba el blanco de las paredes, la cubierta de tejas y la estructura de una sola altura. Se accedía al punto de venta de billetes desde el exterior por medio de unas puertas correderas automáticas de cristal. Entré. El frescor que proporcionaba el sistema de climatización resultaba muy placentero en contraposición con el calor de fuera. Compré el billete, solo de ida, porque no estaba segura de si regresaría también en el mismo transporte u optaría por el tren. Renuncié a la buena temperatura con la que obsequiaba la espaciosa sala de espera por aguardar la llegada del siguiente catamarán en el embarcadero. Al salir del edificio, contemplé el muelle, fiel compañero del río Guadalete hasta su desembocadura en el océano Atlántico. Lucía salpicado de bolardos de amarre y protegido por una baranda de hierro negra. Me apoyé sobre ella, hecho que provocó la penetración sin aviso del olor fluvial en mis pulmones. Se notaba que la marea estaba baja, porque las piedras, cubiertas de un alga verdusca, quedaban al descubierto en la orilla debajo de mí. A la derecha, las aguas azul grisáceas se difuminaban en el ascenso hacia su nacimiento en la Sierra de Grazalema, mientras mecía con suavidad sobre su vientre el reflejo de la ribera y a algunas barquillas ancladas al fondo. «Ancladas al fondo —pensé—… como yo». Un poco más allá, en la margen opuesta, algunos operarios trabajaban en las instalaciones de la lonja actual. Al observarlos, pensé que la vida, fuera de la opresión de mi mente, seguía con su habitual rutina. Tal vez en el futuro yo también conseguiría liberarme de ese rumiar constante y centrarme solo en el presente. Pero no en aquel instante: me resultaba imposible y demasiado lejano. A poco más de un metro de mí, se detuvo un matrimonio joven con un niño en un carrito. El pequeño sostenía la mitad de un sándwich entre sus manitas.

—¿Ya no quieres más, cariño? —preguntó la madre.

El padre lo cogió.

—Se lo echaremos a los peces. ¡Verás!

Empezó a romper pedazos con los dedos y los iba lanzando al río. En cuestión de segundos se dibujaron ondas concéntricas y, a pesar de lo turbio de las aguas, pudimos ver cómo algunos peces emergían a la superficie provocando tanto el entusiasmo de los padres como la risa nerviosa del niño. Intenté discernir cuántos recuerdos como aquel atesoraba yo con mis hijos, y la suma salió a cero. Y esa certeza

removió el malestar amotinado en la boca de mi estómago.

No quise centrarme en ello. Así que miré a mi izquierda, más allá de la familia feliz; esa felicidad que se me había vetado. Algo más alejadas de nosotros, unas carpas de color *beige* protegían del sol a quienes habían optado por hacer cola para acceder en primer lugar a la embarcación, cuando esta atracara. Justo cuando iba a devolver la vista hacia el Guadalete, vi a Leandro aparecer tras la puerta corredera de cristal. Como en las anteriores ocasiones, mi primera intención fue ignorarlo; sin embargo, recapacité sobre cuán amable había sido conmigo, así que sí: me correspondía saludarlo.

—Hola —dije elevando lo justo el tono de voz.

Estaba distraído porque le costó un rato reaccionar.

—Sí que va a tener razón: parece que nos perseguimos —bromeé, pero esa timidez que me embargaba a veces, hizo que sonara seca.

Él rio y yo me sentí un poco avergonzada por haber soltado aquello.

—¿A Cádiz?

Le enseñé el billete.

—De paseo…

—Yo también —respondió mientras caminaba hacia mí—. ¿Ha estado antes, Patri?

Según se iba acercando, su presencia me turbaba más y más, hasta el punto de que me arrepentí inmediatamente de haberle hablado. Pese a ello, me reproché que debía continuar siendo cordial.

—Sí, hemos —en ese momento sentí que Beltrán no cabía en aquella conversación— … he estado alguna vez, pero hace mucho tiempo y de paso casi siempre.

—Una pena.

Apostilló sin dejar de sonreír.

—Sí. Es curioso cómo conocemos países lejanos mejor que las maravillas que nos rodean.

De nuevo me avergoncé por sobrepasarme charlando con aquel extraño.

—¿Está usted de vacaciones, Patri?

—Sí, más o menos.

—¿A qué se dedica?

Se dejó caer sobre la baranda de hierro negro, en la pequeña distancia entre la familia joven y yo, apoyado en su codo derecho y con el resto del cuerpo en dirección a mí. Esa cercanía me

desconcertaba. De forma inconsciente, retrocedí un paso.

—Soy profesora de instituto. —Noté por su expresión que sabía que debería haberme incorporado ya a clase. Así que adelanté una respuesta a la pregunta no formulada—. Me tomé un año sabático cuando mi madre enfermó…

Definitivamente, le estaba proporcionando demasiada información a un desconocido total como él, y lo sabía. Pero algo en su mirada paciente, en sus palabras pronunciadas con su voz suave y ese cantarín acento gaditano, me incitaban a continuar hablando.

—¿Y usted…?

—Tutéeme, por favor.

—Sí, tú a mí también.

—Soy escritor.

Reí, sin entender muy bien el porqué.

—Perdón.

—No te preocupes, suelo causar ese efecto. Estaba predestinado: nací el mismo día que Gabriel García Márquez.

No iba a entrar a discutir con él que eso me parecía una soberana tontería. Al contrario, añadí:

—Pues es curioso, yo el mismo que mi escritora favorita: Pearl S. Buck.

—Murakami reflexiona sobre estas casualidades en su cuento *La chica del cumpleaños*.

Debió de percatarse de mi cara de extrañeza cuando me interrogó:

—Sabes quién es Haruki Murakami, ¿verdad?

Negué. Abrió mucho los ojos.

—He oído hablar mucho de él, pero nunca me ha dado por leerlo, no me atrae.

Por suerte, me salvó que el pequeñín del carrito empezara a llorar y los padres acudieran a consolarlo. La madre lo desató, lo cogió y lo dejó entre los brazos del padre, quién le señaló a una barquilla que navegaba frente a nosotros en ese momento.

—¿También de año sabático? —le pregunté por desviar la atención de mis evidentes fallas sobre la cultura general.

—Pues no, al contrario. —Se encogió de hombros y elevó las palmas de sus manos—: estoy trabajando. Tengo un apartamento en Fuentebravía y suelo venir a terminar mis novelas aquí. —Apartó la mirada de mí para añadir con un tono más apagado de lo que le había escuchado hasta entonces—- Así desconecto de todo y de todos —

apostilló la última palabra.

—Eso quiere decir que vives de ello —proseguí sin frenarme por su cambio de actitud—. Disculpa mi atrevimiento.

—No te preocupes. —Se volvió de nuevo hacia mí y regresó a su cara afable—. Sí, no es lo habitual, pero tengo la suerte de vivir de mi oficio.

—Entonces —dudé, un poco apurada por mi ignorancia— … eso significa que debes de ser conocido.

Asintió.

—Mucho menos que Murakami —Sonrió abiertamente. Se le dibujaron numerosas arruguitas en los laterales de los ojos y dos pliegues a ambos lados de la boca—; pero, sí, se me conoce un poco.

Su afirmación me enfrentó de nuevo a mi ignorancia en un terreno sobre el cual se sobreentendía que yo debería poseer unos conocimientos mucho más amplios. Sentí vergüenza, vergüenza que no le oculté.

—Soy profesora de Lengua y Literatura… —Le sonreí por primera vez.

—¡Vaya! —sonó algo burlón, aunque tiernamente burlón. No me molestó, porque yo le había dado pie a ello.

—Pero no conozco a ningún autor andaluz con tu nombre. —Me llevé la mano derecha a los labios, sin llegar a taparlos—. Lo siento.

—Mal hecho —apostilló, con esa sonrisa abierta y sincera, de niño feliz, que le había visto desde nuestro primer y accidentado encuentro.

—La verdad es que no estoy tan al día en la literatura actual como debería. —Lamenté con honestidad—. Soy más de clásicos, en clase se estudia y se lee lo de siempre… Ya sabes…

—Bueno… Nunca es tarde para que le des una oportunidad al gran Haruki Murakami… y a mí.

Guiñó su ojo izquierdo. Me turbó.

Desvié mi atención al niño, ahora, en brazos de su madre. Se encaminaban hacia el abrigo de las carpas, porque el catamarán empezaba a efectuar su llegada.

14

Llegamos a Cádiz.

No recordaba haber disfrutado tanto de una travesía en barco en mis más de cincuenta años. Con Beltrán y sus amigos habíamos viajado en múltiples tipos de embarcaciones por casi todos los mares y océanos del planeta. Pero, ninguna de esas excursiones, perdidas en algún recoveco olvidado de mi memoria, despertaron en mí la sacudida emocional de aquel recorrido de apenas treinta minutos. El simple hecho de estar allí sentada, en uno de los asientos verdes repartidos en hileras a lo largo de la cubierta, bañaba mi ser al completo de una dulce calma. Me solté el pelo para que levantara el vuelo con la brisa salada del Atlántico; libre, como yo me sentía, en ese lugar y en ese instante concreto. La belleza de las vistas de la bahía gaditana nos incitaba a contemplarla; a unos, directamente, a otros, a través de sus cámaras o móviles; pero nadie se mostró indiferente. Las olas acunándonos con suavidad y la compañía colmaron en mí una sensación tan placentera como largo tiempo añorada.

Leandro era de esas personas que lo hacían todo fácil. Aunque nos acomodamos uno al lado del otro, yo podía estar ensimismada en el paisaje sin sentirme forzada a darle conversación por temor a parecerle descortés. Y, quizás por ello, las palabras fluían con naturalidad de mis labios, como también me había ocurrido con Sita. Le expresé cuánto le gustaba a mi madre el mar, cuánto me acordaba de ella en este retiro y cuánto la echaba de menos. Cuando se me escaparon algunas lágrimas, me ofreció un pañuelo de papel y un: «No imagino lo duro que habrá sido…». Porque, según me informó, sus padres aún seguían vivos. Aquella frase y el candor con el que la pronunció me reconfortaron mucho más que la avalancha de pésames de postureo de quienes asistieron al funeral.

De vez en cuando, él me narraba alguna curiosidad o anécdota sobre el trayecto y, otras veces, solo guardábamos silencio. Por mi

parte, resultaba agradable pronunciar en voz alta algunas de las tribulaciones que brotaban desde dentro de mí; él se limitaba a escuchar, a callar y a permanecer a mi lado, sin interferir.

Tras desembarcar, al igual que el resto de los turistas, nos encaminamos hacia el centro de la ciudad. Entre charlas, paseamos hasta la plaza del ayuntamiento y nos sentamos en uno de los bares a tomar un aperitivo con una copa de manzanilla.

Mirábamos a la gente pasar, sin más, cuando llegó *la pregunta*. Me señaló a la alianza.

—Estás casada, ¿no?

Noté que clavaba sus ojos en mí mientras esperaba la respuesta. Durante unos segundos giré aquel aro de oro que me mantenía unida a alguien a quien ya no tenía claro querer seguir unida.

—Sí.

Bebí un sorbo, demasiado largo, de manzanilla.

—Beltrán está trabajando…

Pensé en dejarlo ahí, pero un arranque de sinceridad pujó desde dentro de mí por salir y confesarle la verdad. Entonces, levanté la mirada hacia él, copiando su firmeza al plantearme aquella cuestión.

—Además… —Tragué saliva—. Nos hemos dado un tiempo…

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—¿Y tú…?

Apunté hacia la suya.

—Merche lleva una bodega familiar, allí en Jerez. —Cogió una servilleta y empezó a enrollarla sobre sí misma—. El apartamento de El Puerto era mío de soltero. Ella odia la playa, y yo la adoro, así que me escapo alguna vez que otra. —Soltó el papel retorcido y empezó a juguetear con su anillo, rotándolo alrededor del dedo índice. Parecía como si a ambos ese tema nos diera las mismas vueltas en la cabeza—. En el último año me escapo… demasiado…

—¿Y sueles tropezarte con desconocidas?

Me tapé la boca nada más soltar aquella pregunta lapidaria. Él no pareció alterarse ni sentirse ofendido. Bebió un poco de manzanilla.

—No. —Me miró a los ojos—. Eres la única.

15

Leandro parecía conocer muy bien la capital de su provincia. Mientras la recorríamos, él me iba explicando su historia, algunas curiosidades… Como que era la ciudad habitada más antigua de Europa, fundada por los fenicios hacía unos 3000 años.

A media tarde, nos sentamos en los escalones de la catedral para comernos unos dulces que habíamos comprado en una confitería cercana.

—No recuerdo cuándo comí por última vez en la calle sentada en unos escalones… —Suspiré feliz—. Beltrán…

De nuevo lo aparté de aquel momento del que disfrutábamos solos Leandro y yo. Sentía como si mi marido estuviera de más en nuestras conversaciones y deduje que él debería de encontrase en la misma tesitura, porque notaba que rehusaba introducir a su mujer en ellas.

—Yo tampoco. Y eso que en mi juventud cayeron bastantes litronas con mis colegas en el parque. Pero, ya sabes… te civilizas. —Bajó el volumen—. O te civilizan.

Entre nosotros se hizo de nuevo el silencio, silencios que no eran pesados: fluían.

—¿Sabes que Lord Byron se enamoró de una gaditana?

—No lo sabía. Normal, los gaditanos somos muy *enamorables*.

Reí: él ya se echaba flores solito. Pero no me molestó en absoluto, porque había algo inocente en su forma de soltar aquellas ocurrencias.

—Le escribió un poema titulado *The girl of Cádiz*. Y se prendó tanto de la ciudad, que la llamó Sirena del océano.

—Tampoco lo sabía. ¡Qué curioso!

Seguimos comiendo los dulces, sin importarnos que las migas cayeran sobre nuestros regazos, y observábamos cómo las personas sentadas en las terrazas de los bares de enfrente también miraban hacia nosotros; con el mismo desinterés, supuse, los unos en los otros.

—Me habría gustado ser escritora… Por eso estudié filología.

—Y… —se sacudió la comisura de la boca— ¿qué pasó?

—Pues que me casé…

Me escuchó sin hacer ningún comentario, esperó a que continuara. Notaba cómo seguía con la vista el óvalo de mi cara y se paraba en los labios, una vez tras otra.

—Terminé la carrera, me preparé las oposiciones, me casé, llegaron mis hijos… —Respiré y expulsé el aire ruidosamente—. La vida se me ha echado encima y nunca tuve tiempo…

—¿Y ahora…?

—Ahora ya no tengo muy claro qué quiero.

Sacudí las migas que habían caído sobre mi falda. Unas palomas se alegraron de la recompensa.

—Por eso estoy aquí.

—Podrías empezar por algo sencillo…

—Pero, cuando regrese… ya sabes: trabajo, casa, hijos… Aunque durante el curso no viven con nosotros… pero… Beltrán… —hablaba más para mí que para él. Frené aquella perorata: no deseaba seguir por ahí.

—Nosotros decidimos no tener hijos… Yo me he dedicado desde siempre a escribir y la ilusión de ella era seguir con la empresa de su familia… Ninguno de los dos queríamos sacrificar nuestras profesiones ni que el otro se sacrificara…

—Ya… —Entrecerré los párpados y me encogí de hombros—. No todos los matrimonios llegan a esos acuerdos tan equitativos…

Aplasté el envoltorio de los dulces, hasta hacerlo una bola. Di por terminada la conversación.

—Seguro que encuentras tiempo para ti, para escribir… —Me animó con una sonrisa.

—Seguro… —respondí con cierta ironía cargada de desesperanza.

Sabía que, cuando regresara a Sevilla, la vorágine de mis días volvería a engullirme y no quedaría ni un resquicio de tiempo para mí o mis sueños.

16

Me desperté con una sonrisa tonta dibujada en los labios, que se borró tan pronto como fui recobrando la conciencia de lo ocurrido el día anterior. No recordaba desde cuándo no pasaba una jornada tan cómoda con alguien, siendo simplemente Patri. La afirmación justa era esa: cómoda y siendo yo misma. Lo más parecido a esa sensación tan grata la ubicaba en un sábado al trimestre cuando, libre de su padre, visitaba a mis hijos y lo disfrutábamos los tres juntos. Aunque, ni siquiera en esos momentos disponía de un solo segundo en el que pudiera disociarme de mi papel de madre. Y con Beltrán… Con él nunca era yo. En realidad, no sé quién era a su lado; yo, desde luego, no.

En compañía de Leandro, el día fluyó suave, sin programar. Me descubrió rincones y recovecos cuajados de encanto, tapeamos, paseamos por La Caleta. Podía hablar con él de cualquier tema sin percibirme como absurda, poco inteligente o inculta; tampoco juzgada ni cuestionada. Entre nuestras charlas intercalábamos silencios que no nos producían incomodidad en absoluto. Resultaba fácil fluir con él, como si hubiéramos sido amigos desde siempre.

Sin embargo, mi temor radicaba en que dentro de mí empezó a emerger un afecto intenso que no sabía cómo tildar ni cómo controlar. Leandro no era ni más ni menos guapo que Beltrán. Aunque hacía deporte y se cuidaba, la edad era la edad y a ambos se nos notaba en el cuerpo. Pero… había algo en él, más allá de su aspecto físico, que me atraía como no recordaba haberme sentido atraída por nadie antes, ni por mi marido.

Anochecía cuando regresamos y cada uno se marchó para su apartamento. En realidad, vivíamos muy cerca. A mí me costó bastante esfuerzo despedirme y percibí que a él también. Y, si hilaba un poco más esa intuición, aseguraría que en su fuero interno deseaba besarme, porque, partieran de donde partieran, sus miradas siempre acababan en mis labios.

Por la mañana, en contraposición a mi sonrisa crepuscular, según fui aterrizando en el mundo real, me sentí ridícula, como si me hubiera dejado llevar por un comportamiento inapropiado y quinceañero. Él estaba casado; yo, aunque con un lío importante en la cabeza y en el corazón, aún no me había planteado separarme, ni siquiera estaba segura de que llegara a planteármelo. No era fácil romper con una relación de treinta años, ni tenía tan claro, pese a mi despedida de Beltrán, quizás cargada de cierto dramatismo, que quisiera romper. La única certeza radicaba en que necesitaba distancia para comprender qué ocurría en mi matrimonio. Y en ese *impasse*, lo que menos me convenía era enredarme en un triángulo amoroso, o cuadrado, para mayor exactitud.

Desayuné con tranquilidad en la terraza de mi apartamento. Mi primer impulso fue bajar al bar y tomarlo allí. Recapacitar a tiempo me evitó posibles tentaciones. Mientras bebía mi café con leche y contemplaba el mar, decidí pasar el domingo lejos de allí, en el Parque Natural Los Toruños.

17

El lunes, bien temprano, me encajé en el centro comercial El Paseo. Quería comprar algo de ropa, algo nuevo y diferente. Llevaba décadas luciendo un estilo con el cual no me identificaba. Mi armario estaba repleto de vestimentas más apropiadas para una mujer de otra generación o para una señora mucho mayor que yo. Y eso había sido igual desde jovencita, no solo ahora que ya pasaba de los cincuenta. Empujada por ese deseo oculto, se me solían ir los ojos tras los atuendos más desenfadados de otras féminas y aborrecía ataviarme siempre tan encorsetada, para mantener la imagen de esposa impoluta.

Concerté también una cita para una peluquería. Quería cortarme el pelo a capas con la esperanza de recuperar mis ondas, si es que décadas de alisados no habían terminado por completo con ellas. Ya ni recordaba desde cuándo lo llevaba planchado y con ese color neutro y uniformado. Unas mechas y recuperar mi tono original, eso estaría bien.

Ese día naciente me lo dedicaría entero para mí de nuevo. Deseaba que no se produjera otro encuentro más con Leandro, ni fortuito ni, mucho menos, acordado. Aunque nos intercambiamos los teléfonos con la promesa de llamarnos para volver a quedar, eso que empezaba a emerger entre los dos, debía parar de inmediato. Yo ya no era una adolescente para complicarme más la existencia. Y… él… Eso, ¿qué ocurría con él? ¡No!, me reñí. Tenía que parar de cavilar sobre la poca información que me había proporcionado acerca de su situación actual. Pero mis pensamientos bullían con identidad propia: ¿qué habría querido decir con aquello de que últimamente se escapaba demasiado? ¿También huía de su matrimonio, como me ocurría a mí? ¿Y ese cosquilleo que me recorrió por la espalda cuando me miró sin pestañear para sentenciar que yo era la única con quien se había tropezado?

¡Basta de alimentar al monstruo o no lograrás controlarlo!, me

reproché de nuevo. Tal vez yo había malinterpretado sus señales. Tal vez ni siquiera las hubo. Porque una cosa sí tenía clara: yo no era una persona experimentada en el arte del cortejo y seguro que había confundido su amabilidad con que flirteaba conmigo. Tenía que aplicar la sensatez en todo aquello. Lo más lógico era que a Leandro únicamente le resultara agradable mi compañía y entretenidas nuestras charlas. Además, un hombre en su retiro literario pasaba horas delante de una pantalla; por lo tanto, cualquier interrelación humana tras sus jornadas de trabajo sería un regalo. Y yo, al fin y al cabo, era eso: una distracción.

Tampoco iría a ver a Sita. Esa jornada sería entera para mí.

18

Provista de un bikini nuevo, corte de pelo y mechas recién estrenadas, decidí pasar el martes en la playa. Al bajar, el dibujo de Sita seguía allí, iluminado por un sol en su cenit y a punto de ser engullido por la marea que subía. En el estómago otra vez esa pena por su pérdida. ¿Qué significaría aquel símbolo? ¿Habría muerto justo allí su hija? Y de ser así, ¿qué querría decirle con su ritual?

El hombre del carajillo apareció. Extendió una toalla con la bandera de Andalucía a pocos metros de mí. Sacó tabaco, preparó su pipa, abrió una lata de cerveza y se dispuso a fumar y a beber absorto en el mar. Empecé a cuestionarme si él también sufría el influjo de aquellas aguas.

Entré a darme un chapuzón, salí y allí seguía él, exactamente igual, como una imagen fija. Lo observé. Era redondo, ennegrecido, con una barriga prominente, pese a no ser un hombre obeso.

No quería importunarlo, pero algo me decía que él pertenecía a esa playa como la misma arena y que sería portador de sus secretos mejor guardados. Primero le hice las preguntas de cortesía y rigor para asegurarme de que no era hostil. Una vez superado el paso inicial, le pregunté:

—¿Ha oído usted alguna leyenda sobre una sirena?

—Usted ha hablado ya con la loca de las conchas. Esa loca siempre está con la misma cantinela.

No, conmigo no era hostil, pero parecía que Sita no le agradaba.

—Yo llevo aquí toda mi vida, señora, he sido pescador, he buceado… Y ya le digo yo a usted que más allá de algún marrajo, poco pez grande se ha visto aquí, y menos una sirena. ¡Esa mujer está loca!

—¿Y sabe si se ha ahogado aquí una niña…?

—No, señora. Aquí, en Fuentebravía, no se ha ahogado ninguna niña: ese tipo de historias no se olvidan.

No supe qué responderle. Tampoco me apetecía continuar una

conversación con él, porque no me gustaba la desconsideración con la que se refería a Sita.

—La loca de las conchas nunca habla con nadie. Viene, hace su dibujo y se va. Gruñe a quienes se les acerca. Vieja, loca y malhumorada.

¿Para qué rebatirle? ¿Para qué explicarle que conmigo estaba siendo muy amable?

19

Cuando regresé al apartamento, recibí una llamada de mi hija Cristina, llorando. «Mamá, necesito verte. ¿Puedo pasar unos días contigo? Fran y yo hemos roto». Me sorprendió que buscara mi apoyo en vez de pedírselo a su padre. Felipe era más madrero, pero ella parecía andar en una pugna constante contra mí y siempre requería la aprobación paterna. «Claro que sí, cariño», le respondí sin pensarlo.

Nada más fue llegar a la estación de ferrocarril, verme y, pese a ser más alta que yo, se arrojó sobre mis brazos para llorar como una cría pequeña. La cobijé cerca de mi corazón cuanto mi niña necesitó, sin prestar atención a si alguien podría reparar en nosotras. Cuando se recompuso un poco, anduvimos hasta el coche y guardamos su maleta en el maletero. Le pregunté si le apetecía que fuéramos al apartamento, quedarnos un rato en el bar de la estación o andar hasta el centro y buscar por allí un sitio donde desayunar.

—Sí, mejor, vamos al centro: me vendrá bien que me dé el aire.

Por el camino fue poniéndome al corriente sobre lo ocurrido con su novio. Fran y ella se conocían desde la etapa de Primaria. Primero se convirtieron en amigos inseparables y tiempo después surgió el amor entre ambos. Él provenía de una familia humilde, como yo; no sé si, motivado por ello, le había cogido tanto cariño desde que empecé a tratarlo. Me parecía muy buen chaval.

Ya sentadas a la mesa de una cafetería de la calle Luna, siguió explicándome:

—Mamá, *en plan*… que no es el mismo. —No probó ni la leche ni la tostada, aunque le insistí en que debía comer algo—. Ahora le ha dado por dejarse el pelo largo. ¡Vamos a ver! ¡Que hasta ha cambiado la forma de vestir! Es que… que si quiere quedar más con los amigos de la facultad… Y tal… —Noté que el miedo le secaba la boca: conocía esa sensación—. Mamá, ¿y si está con otra? —Se le saltaron las lágrimas de nuevo.

—Sabiendo cómo es Fran, creo te lo diría, cariño —la tranquilicé

honestamente mientras le acariciaba la mano—. ¿Lo has hablado con él?

—Sí, y me dice que no.

Se sonó la nariz con un pañuelo de papel. Sus preciosos ojos de abundantes pestañas negras estaban enrojecidos. ¡Cuánto duele el dolor de un hijo! Deseé desde lo más profundo de mi ser estar capacitada para borrarle todo sufrimiento. Pero no era así. Solo podía seguir escuchándola y brindarle mi apoyo incondicional.

—Que no hay nadie más —prosiguió con la voz tomada—. Solo que llevamos muchos años saliendo, la mayor parte del tiempo solos y que le apetece quedar con otra gente. Pero que me quiere y quiere seguir conmigo.

—Pues dale espacio…

—¿Y si lo pierdo…?

Se echó a llorar de nuevo. Le rodeé los hombros con mi brazo y ella buscó el cobijo de mi pecho. Le acaricié el pelo negro y ondulado. El color será de su padre, pero las ondas marinas son mías, pensé. Se apartó un poco para sonarse otra vez.

—Si intentas atraparlo es cuando lo vas a perder, mi vida.

Se secó las lágrimas con otro pañuelo que sacó de un paquete que yo había dejado sobre la mesa.

—¿Como papá contigo?

Me sorprendió esa reflexión de mi hija, no supe qué contestarle: callé. Me terminé el café y me limpié las comisuras con la servilleta. Ella bebió un poco de agua: su desayuno seguía intacto.

—Ahora estás más guapa, mamá, y eso que no te has pintado. Ya no pareces una pija.

—¡Yoooo? —Me reí—. Yo nunca he sido una pija.

—Ya lo sé. Pero siempre lo has parecido, como papá y sus amigos. Pero me gustas más así.

Le di un beso en esa frente llena de dudas.

—¿Y ahora qué hago, mamá? Discutimos, me dijo que lo estaba asfixiando y que necesitaba espacio.

—Nada, dárselo.

Pronuncié aquellas palabras con firmeza, por nada del mundo querría que Cristina cometiera los mismos errores que su padre. Aunque, en mi fuero interno, yo sabía que ella era diferente a él.

—Que sienta que lo respetas. Fran te adora, solo hay que observarlo cuando está contigo. Verás cómo vuelve a ti.

—¿Y si no vuelve?

Le acaricié su carita de niña.

—Volverá.

—¿Y tú con papá?

No le respondí. ¿Qué decirle, si ni yo tenía claro qué iba a hacer con mi futuro? Cristina ya era mayor para entender que las relaciones en ocasiones no eran fáciles. Y nuestros problemas llevaban décadas enquistados, porque nunca había tenido el valor suficiente para hablarlos con él ni con nadie; y, en algún punto, los oculté hasta para mí.

—Mamá, hay algo más que debes saber. —Me asusté, aunque seguí intentando mostrarle mi seguridad maternal—. El curso que viene no me voy a matricular en el máster como quiere papá.

La miré realmente sorprendida, no recordaba ni un momento en su corta vida que hubiera llevado la contraria a Beltrán. Estaba serena y eso me alivió.

—Voy a empezar Enfermería.

—¡¿Enfermería?!

Jamás hubiera sospechado su interés por la rama sanitaria.

—Me gusta ayudar a las personas, cuidarlas, como tú con la abuela. Lo descubrí durante los ratos que pasé con ella en el hospital. Aunque fueron demasiado pocos.

Bajó los párpados con una pesadumbre reconocible para mí. Los tres, su hermano, ella y yo, sin percibirlo, nos movíamos agitados por unas crucetas que pertenecían a otros. ¿Cómo ayudar a mis hijos a deshacerse de esas? En mi presente debía centrarme en mí, en encontrarme; después tendría que buscar la fuerza y la claridad mental para salvarlos a ellos.

Le levanté la barbilla.

—Hiciste cuanto pudiste, cariño.

Por nada quería que se sintiera culpable.

—No se lo digas todavía a papá, ya sabes cómo se pondrá: siempre hay que seguir sus planes. Pero lo tengo ya todo organizado, mamá: unas amigas y yo vamos a pillarnos un piso por la Macarena, trabajaré…

¿Y si Cristina ya estaba encontrando por sí sola la puerta hacia su libertad, esa que yo no acababa de hallar?

—¡Qué orgullosa estoy de ti, Cristina!

Ahora era a mí a quien se le saltaron las lágrimas y ella la que me

ofreció un pañuelo. Sonreí. ¡Cuántas veces son ellos quienes nos salvan a nosotros! ¿Y si ella llevaba dentro de sí mucho más de mí de lo que yo creía? O, simplemente, razonaba por sí misma. Y eso no le gustaría a su padre. Ojalá me equivocara, pero apostaba a que no.

—Tú no te preocupes, ya lo hablaremos con él cuando llegue el momento. Pero recuerda que puedes contar conmigo para lo que necesites, mi vida: no quiero que te veas apurada...

—Lo sé, mamá.

20

Cristina pasó cinco días más conmigo en el apartamento. No recordaba la última vez que había disfrutado tanto de mi niña. Me tendría que remontar a cuando era muy, muy pequeña. Y tampoco estaba segura de haber tenido tanta afinidad con ella por entonces. Abrazadas, oliendo su pelo, acariciándola, buscando en sus facciones a mi bebé regordete, pasamos las noches charlando hasta que se nos cerraban los ojos. Rememoramos escenas de un pasado que ella abrigaba como felices y yo como simples vivencias. No le hablé de Sita ni de su tragedia, ni del hombre de la pipa y, menos aún, de Leandro y nuestra tarde juntos. Tampoco había mucho que contar sobre *nosotros*. En verdad, nada que contar, ni a Cristina ni a nadie.

El domingo tocó bajar a la playa desde temprano y permanecimos allí, muy a mi pesar, hasta el atardecer. Le propuse que nos marcháramos antes, para no encontrarnos con mi amiga, pero mi hija insistió en que nos quedáramos hasta que oscureciera por completo. Y yo cedí, porque quería complacerla en cuanto le apeteciera.

Por más que intenté no estar justo en ese rincón de Fuentebravía cuando Sita llegara, la playa es tan recogida y estaba tan despoblada, que al final Cristina reparó en ella y en su ritual.

—¿Mamá, has visto lo que está haciendo esa señora?

—Sí, lo hace cada atardecer del mes de septiembre. Lleva así unos cuarenta años.

Los ojos abiertos de par en par de mi hija me indicaron que aquello suponía una eternidad inmensurable para ella.

—Vamos a acercarnos. —Nos aproximamos un poco, pero respetando la distancia y la intimidad de Sita—. Fíjate, mamá, está dibujando un símbolo en la arena. ¿Qué significa?

—Es un mensaje para una sirena.

—Mamá, ¿tú crees en las sirenas?

—En esta sí.

Y la abracé con un beso en la frente.

Sita recogió sus cosas y se encaminó hacia nosotras.

—Qué bien acompañada te veo, Patri.

—Es mi hija, Cristina. Ella es Sita.

—Disfruta mucho de tu pequeña…

Vislumbré un hilo de nostalgia en sus ojos acuosos.

—¿Tiene usted también una hija?

Lamenté lo inoportuno de la pregunta de Cristina.

—Sí, pero se marchó muy lejos…

Señaló con el dedo al horizonte sobre el mar. Se me cogió una desazón aguda en las entrañas, porque aquello acababa de corroborar mis sospechas.

—Hace mucho que no estoy con ella. —Se colocó bien las asas de carey de su bolso sobre el hombro—. ¡Ale!

Me dio un toquecito en el hombro y desapareció con su caminar pesado. Y yo me quedé allí plantada con mi hija, con el corazón hecho pedacitos por aquella mujer cansada.

21

Nos costó despedirnos, al menos a mí mucho más que de costumbre. Esos días nos habían unido tanto… que resultaba especialmente duro despegarme de ella. Cristina tenía que volver para incorporarse a la facultad; además, recibió un mensaje de Fran diciendo que la echaba de menos y que quería que se vieran.

—Mamá, he estado tan a gusto contigo que no me he acordado ni de enviarle un mensaje ni nada.

—En eso consiste, cariño, es así de fácil. Tú céntrate en las cosas que te gustan a ti, en tus amistades, en estudiar, en labrarte un futuro y dale su espacio; y, sobre todo, respeta sus cambios. Ya has comprobado que funciona. Que se quede a tu lado solo si te ama, y ya has comprobado que Fran te quiere mucho.

La apretujé con esa intensidad que brota del corazón, explota en el pecho y se prolonga por los brazos.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti más, mucho más.

La vi alejarse dentro de la estación, con su coleta de cabellos morenos agitándose de un lado a otro, arrastrando su maleta tras ella, mientras yo notaba la garganta estrangulada por la despedida y en el pecho, un vacío que se hacía más inmensurable con cada uno de los pasos que daba hacia las vías y que la apartaban de mí.

—Te quiero, mi vida —le repetí, sabiendo que el sonido de mi voz ya no la alcanzaría, pero sí mi amor.

Me dijo «adiós» con la mano, me lanzó un beso y dibujó un sonrisa en su cara preciosa, la más bonita del mundo para mí; cruzó la puerta de cristales abatibles que la conducía hasta el andén y desapareció. Entonces, emergió en mi alma el agujero latente, de nuevo Sita y su pena golpeando en mis sienes.

22

El resto de la mañana del lunes lo dediqué a recoger y a limpiar. Mientras Cristina estuvo conmigo, no quise malgastar ni un minuto en las tareas domésticas que no fueran imprescindibles. En mi cotidianidad en Sevilla, habría optado por justo lo contrario: primero las obligaciones y después ella, si es que quedaba tiempo. Obligaciones que me habían privado de disfrutar mucho más de mis hijos. Y ahora lo veía claro: cuando termine de limpiar, cuando termine de planchar, cuando termine de… Siempre la casa impoluta, yo impoluta, Beltrán impoluto… Nuestros hijos impolutos, pero en segundo plano; al menos para mí, porque su padre sí que se encargó de ser el protagonista de sus vivencias. Mientras mi vida, la real, la que no regresaría, la verdaderamente importante, quedaba día tras día relegada, como yo. Como relegadas también mis amistades, aquellas que fui abandonado en el camino porque no disponía de tiempo para dedicarles; o mis aficiones, escribir… ¿Cuándo había sido la última vez que había escrito por puro placer? Esa respuesta se hallaba en un pasado demasiado lejano como para acordarme de ella. Tampoco conservaba los papeles que borroneé con mis ideas durante mi juventud: Beltrán había tirado la caja donde los atesoraba. Según me explicó semanas más tarde, después de haberlos arrojado al contenedor del cartón, sin avisarme y sin ofrecerme la oportunidad de llevarlos a casa de mis padres, porque el trastero estaba atiborrado de porquerías. Eso sí, las paredes de nuestro piso relucían con sus diplomas y sus trofeos por doquier. Pero una mísera caja con mis pertenecías en un cuartucho, lleno con sus trastos, le molestaba tanto como para tirarla a la basura sin consultarme.

Esas horas, mientras ejercía de ama de casa, no logré quitarme de la cabeza a Sita. El contacto tan estrecho con mi pequeña hacía más latente en mí el dolor de mi amiga. Una vez hube terminado, me senté frente al portátil con la intención de descubrir el significado de aquel

símbolo extraño, necesitaba saber qué le escribía a su hija, a su sirena. Quizás, si lo averiguaba, podría ayudarle de algún modo. Por la tarde me armé de valor y fui al encuentro de Sita. Esperé sentada a que ella acabara su ritual. Cuando terminó, se acercó a mí.

—¿Ya se ha ido tu niña?

—Sí.

—Disfruta de ella…

Asentí con la cabeza. Apreté los labios y miré hacia el otro lado para contener la emoción.

—Se ve que te quiere mucho y estáis muy unidas. Un día se irá…

Me levanté para acompañarla. Subimos hasta el mirador. Una vez allí, tragué saliva y haciendo acopio de un gran valor, me atreví a preguntarle:

—Sita… ¿quieres que hablemos de tu sirena?

La contemplé con el amor que empezaba a profesarle. Los ojos, perdidos en el horizonte de oscuridad, se le humedecieron.

—No.

Introdujo cada uno de sus dedos índices por debajo de los cristales de las gafas para secarse las lágrimas. Permaneció en silencio unos segundos, noté que se quería reponer. Respiró profundamente y soltó el aire muy despacio.

—¡Ale! —me dijo con uno de sus toquecitos en el hombro— ¡Vamos! Hoy te invito yo a cenar.

Fuimos a nuestro bar. La mesa de otras veces estaba vacía. Nos sentamos y el camarero de por las noches nos tomó nota enseguida. En esta ocasión nos trajo dos copas con un Árabe muy fresquito. Sita propuso un brindis.

—Por los hijos… Por el amor.

Justo cuando yo bebía el primer sorbo, distinguí a Leandro, confundido entre varios comensales accediendo a la terraza. Hacía más de una semana que no me había vuelto a encontrar con él, ni de forma casual ni premeditada. Me atraganté un poco. Tosí. Me fastidió que aquello pudiera llamar su atención sobre mí.

—¿Estás bien? —me preguntó Sita dirigiendo su vista hacia donde apuntaba la mía. Frunció el ceño y me lanzó un gesto inquisitivo.

Agradecí que Leandro pasara de largo. Me saludó con una leve sacudida de la cabeza y yo le correspondí con otra. Se sentó algo más apartado, pese a haber mesas más cercanas libre, con el cuerpo girado hacia la bahía y de costado a nosotras. Sin entender el motivo, su falta

de interés me hizo sentir tonta y vulnerable.

Sita debió de seguir la escena y seguro que yo no dejé de ojear sus movimientos tanto como pretendía. Aunque luchaba con todas mis fuerzas por permanecer atenta a mi acompañante, Leandro provocaba en mí una atracción vencedora de antemano en cualquier batalla que procurara retirar la mirada de él.

—¿Lo conoces? —su pregunta sonó a una afirmación.

Cortó los chipirones de su plato, como si en realidad no le importara demasiado mi respuesta. Pero yo sabía que sí.

—Nos hemos encontrado un par de veces y hemos charlado…

La imité. Troceé mi filete de marrajo. Y le ofrecí esa contestación entrando en su juego: fingir desinterés.

—Habéis charlado.

Me lazó una mirada desafiante por encima de sus lentes plateadas. Su cara mostraba una más que evidente incredulidad. En las manos sostenía el cuchillo y el tenedor, evidenciando que no había terminado con su tarea.

Asentí. Sabiendo que ella no me estaba creyendo. Me llevé un bocado de mi comida a la boca. Prefería no hablar del tema para no delatarme. Porque al volver a ver a Leandro después de tantos días, la Patri quinceañera había regresado.

—¿Solo eso?

—Solo eso, Sita.

23

La noche anterior, durante la cena, intenté dirigir mi atención solo hacia Sita, aunque no puede resistirme a mirar de hito a Leandro. Él, por su parte, se centró únicamente en su comida. Se tomó algo rápido y se marchó con una despedida exigua de mano.

La compañía de mi amiga me reconfortó el alma. Ella me transmitía ese sosiego que aportan los años y la vida acumulada cuando se ha aprendido de ella.

Aunque charlábamos mucho y de temas de lo más diversos, Sita era una mujer extremadamente reservada para algunos asuntos. La información que conocía sobre ella, me la había proporcionado a cuentagotas. Y, englobándolo todo, no iba más allá de saber que había estado casada con el mismo hombre durante seis décadas, que había sido ama de casa y que dejó escapar al amor de su vida por conservar a su familia. Y, según mis deducciones, que fue madre de una niña, quien había muerto en septiembre unos cuarenta años atrás.

Muy a mi pesar, ni siquiera había descubierto dónde residía, porque se negaba a que la acompañara, pese a explicarle mi preocupación por que anduviera sola de noche. Nunca me percaté de que usara un móvil, pero seguro que tendría un teléfono fijo, aunque tampoco me dio el número. Eso sí, yo le insistí en que se apuntara el mío y no paré hasta que lo escribió en una libretita que siempre llevaba en su bolsa de croché.

Ignoraba su edad exacta. Rondaría los ochenta años e, incluso, alguno más, pero muy bien llevados. Deduje que su hija, si viviera, tendría aproximadamente la misma edad que yo. Quizás por eso le agradaba mi compañía: yo para ella era una niña y ella me abrigaba con esa ternura maternal que tanto anhelaba.

Esa mañana tenía que ir al mercado de nuevo, porque durante los días con Cristina habíamos consumido los aprovisionamientos solo para una y no quise ir a comprar para no restar en otras tareas ni un segundo de su corta estancia.

Compré algo de fruta, verduras y pescado, pero, en una especie de rebeldía de la cual nadie sería testigo, me negaba a comprar carne. Beltrán era bastante carnívoro, yo no. Sin embargo, la mayor parte de los guisos en casa se basaban en todo tipo de animales terrestres como alimento principal.

En vez de regresar al apartamento, me apeteció sentarme en un bar cercano a tomar una cerveza sin alcohol, porque tenía que conducir. Mientras esperaba a que me sirvieran, contemplé a los transeúntes cruzando, bien para salir como para entrar, el arco de herradura de la puerta principal del mercado de abastos de la Concepción. Por las inmediaciones, también me entretuve observando, como hormiguitas afanosas, a las amas de casa, y cada vez más amos de casa, empujando sus carritos; a las señoras mayores dispuestas a detenerse a un lado por un rato de buena charla; a jubilados que discutían con sus semejantes sobre política o de lo que se encartase: la cuestión era discutir; a las colas que se formaban frente al quiosco de la ONCE para probar suerte con algún cupón y a quienes se dejaban tentar por los puestos exteriores de ropas y complementos. De entre ellos, surgió Leandro con un par de bolsas en cada mano avanzando en mi dirección. Esta vez, por pura casualidad, no habíamos coincidido dentro de nuevo. Reparé en que no me había visto. Y yo me regodeé en examinarlo con calma y mucha cautela. Se detuvo a charlar con un hombre que vendía higos chumbos sobre una mesa de playa plegable; los pelaba allí mismo con un virtuosismo magistral. Al levantar la cabeza para proseguir su camino, me miró directamente a mí, entre tanta gente que pululaban por allí en ese momento; como si hubiera percibido que yo lo acechaba. ¿Y si la *escopaestesia* existiera de verdad? La *escopaestesia* es ese fenómeno que no pocos hemos sentido en muchas ocasiones y que nos hace girarnos justo hacia alguien porque notamos que nos observa. Leandro avanzó en mi dirección. Pasó por mi lado, aminoró su marcha para saludarme un segundo. Mi intención primigenia fue invitarle a sentarse, pero se quedó allí plantado, de pie frente a mí, sin soltar las bolsas en el suelo ni en la silla; actitud esta que me indicó su poca o ninguna disposición a quedarse conmigo.

—Hola.

—Hola.

—¿Todo bien?

Asentí con la cabeza.

—Que tengas un buen día, Patri.
—Igualmente, Leandro.
Y, sin más, se marchó calle abajo.

24

Ese día fui más consciente que nunca de que no tenía amigas. Mis amistades, por etiquetarlas de alguna forma, eran las de Beltrán. No sé en qué momento deseché a mis amigas del barrio, con quienes me había criado. ¿Qué sería de ellas? ¡Cuánto me gustaría tomarme un café con ellas y charlar! Fueron parte de una infancia feliz. ¿Se acordarían ellas de mí? En la facultad no llegué a intimar con ninguna, porque, entre los estudios y él (mi novio absorbente), no me quedó tiempo. Igual ocurría con mis compañeros del instituto: hablábamos del trabajo y poco más. De normal estaba demasiado ocupada como para salir con ellos a tomar algo, ir a las cenas de Navidad o de final de curso. Porque, casualmente, mi marido y sus amigos habían organizado alguna quedada, en la misma fecha y a la misma hora de asistencia obligada. Nunca había tiempo para mí. Ni para forjar mi propia red relacional.

Medité sobre lo que había surgido entre Sita y yo, para concluir que ella era lo más parecido a una amiga que había tenido en los últimos treinta años. No, no era algo parecido, era mi amiga.

Me irritaba estar tan revuelta, y más porque presumía el motivo de mi inquietud: Leandro. Nada ayudaba a que mantuviera la cabeza en su sitio, centrada. Ni ordenar la compra, ni siquiera preparar unos calamares a la riojana que devoré con gusto y mojando sopones de pan en la salsa. Mojar pan en las comidas estaba prohibido delante de mi marido: era poco decoroso; por ello, allí, en mis vacaciones de él, me estaba resarciendo con alevosía. Últimamente mojaba pan en la vinagreta de las ensaladas, en los aliños de tomate con ajos picaditos, en la yema de los huevos fritos, que saboreaba con los dedos, dedos que chuperreteaba con lujuria al finalizar; en el plato de aceite de oliva virgen extra con sal del desayuno… Y, porque no me gustaban las tostadas mojadas en el café, porque si no, también caerían. Eso sí, había comprado unas magdalenas que esperaban su turno. ¡Qué estupidez! ¡Cuántos años me había privado de aquel deleite para los

sentidos, para satisfacer a Beltrán y su puñetero *saber estar*!

Encendí la televisión para entretener mis pensamientos un rato, nada. Cada vez me aburría más perder el tiempo en los programas que emitían. Probé con una película, una comedia estaría bien, pero fui incapaz de seguirla. Mi mente regresaba una y otra vez a lo mismo: a Leandro y a la sensación tan placentera que brotaba en mí cuando estaba cerca de él. Y la falta de autocontrol sobre ese tema me molestaba bastante.

Ese martes de mediados de septiembre, tras regresar del mercado, me percibía a mí misma como a una leona encerrada en la jaula de un circo. No hallaba el momento de que el atardecer llegara. Cuando el sol empezó a descender, no bajé a la playa, opté por esperar a Sita en el mirador de Fuentebravía. La energía de mi impaciencia seguro que irrumpiría de alguna forma el aura de su ritual, y no quería inferir en ello.

—No sé qué me pasa, Sita —le dije cuando aún no había ni terminado de subir la escalera.

Mi amiga, algo fatigada y abrigada por una toquilla gris de lana, se sentó en el banco de piedra donde yo la aguardaba, de cara a la bahía y de espaldas a la urbanización. Noté que le costaba más reponerse que en otras ocasiones. Está mayor, pensé con tristeza.

—¿Te encuentras bien?

—Yo sí —afirmó con su habitual rotundidad, diría, que hasta algo ofendida—. A ti es a quien le ocurre algo.

—No te preocupes, hablamos en otro momento.

Me importaba ella de verdad, no quería fatigarla más. Me subí la cremallera de la sudadera que llevaba puesta. Abajo se escuchaba el mar encrespado y su brisa bastante fresca nos azotaba en oleada a las dos. Me arrepentí de no haberme puesto también la parte de abajo del chándal. Llevaba un vestido fino y unas sandalias. Las piernas se me helarían si permanecíamos mucho rato allí. Guardé silencio a su lado.

—Soy ya muy vieja: a mi edad nunca se sabe si habrá otro momento.

—¡No digas eso!

Ese comentario, aunque cierto, me dolió bastante. Le estaba cogiendo tanto cariño que no podía ni quería pensar en otra pérdida más.

—Es la verdad. —Hizo aspavientos con la mano, como si apartara

alguna mosca de delante de su cara—. Pero no me enredes. ¿Qué te pasa a ti?

Dejó su bolsa de croché a un lado, se colocó la toquilla sobre los hombros con dedos retorcidos por la artrosis y giró su cuerpo hacia mí; yo seguía mirando hacia la playa, hacia la oscuridad sin ver nada, atraída por el rugido de sus aguas.

—Me siento extraña, confusa…

No contestó: escudriñó mis gestos. Lo notaba.

—Pues no me parecías tan confusa anoche, cuando no parabas de echarle el ojo al muchacho ese…

—¿Muchacho?

Me hizo gracia. Pero, claro, para ella éramos dos niños.

—Sí, al guapetón que te saludó y no te perdió de vista mientras cenaba. Eso sí, con el rabillo del ojo y cuando tú no lo veías. ¡Como dos tortolitos, vamos!

No pude retener una sonrisa que se me escapó entre los labios.

—A ver… Mírame.

Puso su mano tibia sobre mi barbilla gélida y me obligó a volverme hacia ella, para que no me escabullera de lo que tenía que decirme.

—Tú estás enamorada hasta los tuétanos —afirmó solmene—. ¡Conozco demasiado bien esa risita!

—¿Yo…? ¡No!

Me levanté de sopetón.

—¡No hagas aspavientos, anda!, que soy muy vieja ya para aguantar tanta bobería. ¡Siéntate y escucha!

Me tiró del vestido hacia ella. Obedecí como una cría pequeña.

—Él te mira a ti con la misma cara de tonto que tú tienes ahora.

No percibí sus palabras como una ofensa; al contrario, se me estrangularon en la boca del estómago y revolotearon en él esas estúpidas mariposas de las que hablan los adolescentes.

—No puede ser, Sita…

—¡Sé muy bien lo que veo! —me respondió enfurruñada.

—No, no, no me refiero a ti ni a lo que percibiste; quiero decir que no puede ser. Él está casado, felizmente casado, y yo estoy casada… Tenemos nuestras vidas… Mis hijos…

—¿Él te lo ha dicho?

—¿El qué…?

—Lo de felizmente casado.

Fruncí el ceño y me encogí de hombros. Jugueteé con mi alianza.

Ante mi duda, ella prosiguió:

—Me voy a morir sabiendo muy pocas cosas sobre esta vida, muchachita, pero una sé segura: si estuviera felizmente casado, como tú dices y no sé si él también te lo habrá dicho, no se embobaría contigo con esos ojos de corderito. Está enamoradito de ti hasta los huesos, como tú lo estás de él.

Noté que no se me borraba esa sonrisilla de la cara.

Me puso la mano en el muslo: agradecí su calor.

—¡No te levantes otra vez! —me advirtió con voz firme, que sonaba a reprimenda—. ¡Y escucha! La vida es esto, señorita, no se puede salir corriendo cada vez que no sabemos cómo lidiar con una situación. Te retiraste aquí para reflexionar, ¿no? Pues ¡ale!, reflexiona, pero viniste con un problema y ahora tienes dos.

Cogió su bolsa y se levantó.

—¡Adiós!, que estoy cansada.

Es cierto que la notaba más lenta que de costumbre.

25

¿Y ahora qué hacía yo con aquella amalgama de emociones? Pasé parte de la madrugada contemplando el cielo. Sita estaba en lo cierto: tenía frente a mí dos problemas. Sin ser consciente de ello, había evitado a Leandro esa semana no solo porque estuviera con Cristina, sino por miedo a confrontar ese sentimiento emergente. Aquello solo complicaría más mi situación. ¿Sería capaz de cometer una infidelidad? ¡Jamás! De eso estaba segura. Y no ya por la lealtad que se suponía le debía a Beltrán, ni siquiera por lo que opinaran de mí mis hijos si llegaban a enterarse o por las habladurías del resto, sino por mis propios principios de honestidad que mis padres me habían inculcado desde niña.

Pero… había algo en aquel hombre que me tiraba irremediablemente hacia él. Me costaba no aproximarme o no desear que se aproximara a mí cuando estábamos cerca. Nuestras conversaciones fluían como la corriente de un manantial tras la lluvia. Había hablado más con Leandro en aquellas escasas horas, sabía más de mí, de la verdadera Patri, que mi marido en los últimos treinta años. Y él mostraba un interés genuino por cualquier nimiedad que yo le contara. Ni siquiera hacía el intento de coger su móvil mientras estábamos juntos, yo tampoco el mío, salvo para comprobar la hora, y solo si era necesaria saberla. Me escuchaba con una atención total, sin apartar de mí su mirada serena, su mirada verde bosque, verde paz, verde calma. Y esa calma que él expelía por cada poro de su piel, la aprehendía yo con cada una de mis inhalaciones.

Algo intangible me atrapaba a su lado. Un regusto a hogar olvidado y anclado, tal vez, en mi niñez; pero jamás sentido con mi marido, con Beltrán. Algo parecido lo acaba de disfrutar con mi pequeña, con Cristina durante las noches que dormía cobijada en mi pecho.

Sin embargo, mi realidad era bien distinta. Debería estar enfocada en resolverla en vez de dispersarme y enredarme en un asunto tan intangible como mi relación con Leandro. ¿Qué ocurría entre Beltrán y

yo? Esa tenía que ser la cuestión en la que depositar mi energía. O en si quería regresar con él. ¿Iba a arrojar a la basura treinta años como si nada? ¿Amaba a mi marido? ¿Lo había amado alguna vez?

Inquieta en el apartamento, atrapada en mis cavilaciones como un jerbo en una rueda, decidí que la mejor opción sería bajar a la playa temprano. Al menos así, me entretendría con otras cosas y dejaría de reconcomerme por dentro. Me situé, más o menos, donde siempre. El hombre de la pipa, en su lugar también; sentado sobre su toalla con la bandera de Andalucía, la lata de medio litro de Cruzcampo entre las piernas y su ensimismamiento frente al mar turquesa que solo interrumpía para fumar o darle un trago a su cerveza. Le saludé con un escueto «buenos días», porque no le había preguntado su nombre; él, con una casi imperceptible elevación de la barbilla. Me tumbé cerca a intentar leer el primer libro que pillé. Pero fue imposible seguir el hilo de la lectura, me perdía en cada frase.

El mar había amanecido con bastante oleaje, como yo; así que me incorporé para contemplarlo, esperando que el devenir de las olas me ayudara a vaciar la mente. Un grupo de adolescentes, que aún no habrían empezado las clases, saltaban, reían, gritaban y recibían con alboroto algún que otro revolcón. Por fin había conseguido abstraerme observándolos cuando alguien se interpuso entre el sol y yo, proyectando su sombra sobre mí. Un escalofrío erizó mi piel, al dejar de sentir el calor sobre mi cuerpo en un día algo desapacible.

—¡De nuevo nos encontramos! ¡Qué casualidad!

Reí. Leandro soltó su mochila al lado de mi cesta y se sentó sobre la arena húmeda.

—Espera, toma un poco de mi toalla.

Moví mi trasero unos centímetros y estiré del lateral de la tela rizada.

—No, no. Estoy bien así.

Y realmente se le veía a gusto.

—Lo cierto es que, esta vez, no te he encontrado por casualidad. De hecho, te he buscado y he dado la vuelta para hacerme el encontradizo.

Sonreí ante su sinceridad.

—Lo sé.

—Estos días…

Lo observé; él, a mí, no.

—Deseaba verte, Patri. Quise llamarte para… —Se retorció las manos una con la otra—. Pensé que era mejor dejarlo así… Apartarme…

—Lo sé.

Giró entonces la cabeza hacia mí.

—Pero no estamos haciendo nada malo…

—Nada malo —apostillé sin apartar la mirada de él.

—Tú y yo solo somos amigos.

—Solo amigos.

Me apartó de la cara un mechón humedecido por la brisa. Me volví entera hacia él, conteniendo mis deseos de acariciar su cabello como respuesta a su acercamiento.

—Te sienta muy bien el pelo… así… ondulado…

—Gracias… —contesté de manera autómata, hipnotizada por los ojos verdes de cordero que brillaban pese a tener el sol a su espalda—. Es mi pelo natural.

Y nos quedamos un buen rato así, como si nuestras miradas hubieran quedado atrapadas la una con la otra sin ser conscientes del paso del tiempo.

—¿Qué…? —me preguntó sin esperar respuesta y con una sonrisa que me recorrió la espalda con un cosquilleo insondable.

—Nada… —le respondí con una inclinación de la mejilla hacia el hombro.

Y volvimos a quedarnos dentro de ese instante congelado. En un momento dado, las risas estruendosas del grupo de adolescente nos raptaron hacia la realidad, como si acabáramos de salir de un ensueño o como si los dos nos hubiéramos marchado a otro lugar, en el que solo cupiéramos él y yo.

Se levantó. Me dio la mano.

—Vamos a saltar olas.

26

Tendría que remontarme a alguna época muy lejana de mi primera juventud para encontrar un día de júbilo como aquel. No solo saltamos las olas, como él me había pedido, las cruzamos buceando, las nadamos, flotamos sobre ellas, intentamos sortearlas, nos arrastraron y, alguna que otra, hasta nos dio un buen revolcón. Disfrutamos como si ninguno de nosotros dos hubiera cumplido ya la cincuentena. Eso sí, sin tocarnos en ningún momento. Acabé con los carrillos doloridos de reír a carcajadas. La risa vetada en mi vida matrimonial por considerarla Beltrán ordinaria. También. ¿Y si realmente yo no fuera la señora que él esperaba de mí? ¿Y si yo fuera poco decorosa?

Leandro y yo nos quedamos para ver la puesta de sol juntos. Esa tarde, el gran astro en su descenso nos quiso regalar un cielo color fucsia y malva, surcado por pinceladas blancas de cirrostratos. Sentados uno al lado del otro, sin rozarnos, envueltos en nuestras respectivas toallas para controlar los tiritones de frío, contemplamos la grandiosidad de la naturaleza. Él me hablaba de cuánto le gustaría poder describir con palabras tanta belleza en alguno de sus libros, cuando vimos desde lejos a Sita iniciando su ritual. Aproveché aquel encuentro para explicarle mis conjeturas sobre que la sirena debía tratarse de su hija perdida.

—Pobre mujer —me respondió visiblemente afectado.

Ella terminó, se ató la toquilla al cuello en una lazada, se echó su bolso de croché sobre el hombro, me saludó sin aproximarse y se marchó con un paso mucho más lento de lo habitual. A duras penas, sus piernas cansadas podían avanzar sobre la arena seca y el frío de la cercana noche. Sentí un profundo pesar por ella, pero sabía que no me habría permitido acompañarla.

Cuando el último rayo de sol se ocultó tras la silueta de Rota, recogimos nuestras pertenencias y abandonamos la playa muy

despacio, como si ninguno de los dos quisiera que aquel miércoles de un septiembre acabara.

Leandro me acompañó hasta el portal de mi piso. Estuvimos un rato intentando despedirnos sin lograrlo. Al final nos dimos un par de besos en la cara y ambos apoyamos la mano derecha en el hombro izquierdo del otro. Los cuerpos, helados por el frío del ambiente y, en mi caso, por una turbación interior que mantenía mi sangre bombeando con fuerza en el corazón y alejada de las extremidades. Ese instante prolongado más de lo establecido cordialmente, ese roce tenue de sus labios en mi mejilla y los suyos en la mía, fue lo más cerca que habíamos estado desde que nos conocimos.

—Solo amigos —me susurró hundiendo su mirar de ojos brillantes en los míos.

—Solo amigos —repetí.

Se alejó andando hacia atrás, sin que interrumpiéramos el trueque de miradas. Yo no me moví ni un milímetro hasta que se desvaneció en la oscuridad y, solo entonces, accedí a mi bloque.

Dejé caer la cesta de la playa en el pasillo y fui directa al baño. Al desnudarme, sentí mi cuerpo despierto; más que despierto, resucitado. No fui consciente, hasta ese momento, de que llevaba muerto décadas. Incluso cuando, de vez en vez, cumplía sexualmente con mi marido, era una zombi. Un trozo de carne que él usaba porque así lo disponía un contrato firmado ante los hombres y ante Dios. Entré en la ducha. El agua tibia me recorrió ayudando a que entrara en calor. Mientras esta resbalaba por mi piel, deseaba que fueran sus dedos los que la acariciara. Terminé rápida, me coloqué un pijama de pantalón largo, una camiseta de tirantas y una sudadera de chándal. Sin pensarlo dos veces, ni meditarlo más, cogí el móvil para llamar a Leandro e invitarle a un vino. No, me negaba a plantearme si mi decisión era éticamente correcta o no; solo ansiaba que él estuviera allí conmigo; quería compartir mi resurgir a la vida con él, con su cuerpo, con su olor, con su lengua, con sus besos… Y nada me detendría si Leandro lo deseaba con el mismo fervor que yo.

Justo cuando buscaba su número entre mis contactos, el timbre de la puerta sonó. El corazón me estalló de plenitud: habíamos sincronizado nuestros anhelos. Abrí, borracha de entusiasmo, sin cerciorarme de quién llamaba.

—¡No soportaba más estar sin ti!

La cara de Beltrán, un ramo de flores y su boca sobre mis labios me

devolvieron de golpe a la realidad y se heló el ardor que recorría mis venas desde los dedos de los pies hasta las puntas del pelo.

Llevaba años saludándome como a una hermana o una compañera de piso; aquel ímpetu noqueó mi razón. Perpleja, me eché a un lado para que entrara.

—Voy a ponerlas en agua… —titubeé, desorientada.

Escuché que cerraba la puerta y el chirrido de las ruedas de su maleta frenar en la entrada. Me llevé las manos a la cara y quise llorar o gritar, pero la frustración se enquistó en la garganta. Desde la cocina oí de nuevo el timbre: temí que le hubiera acompañado alguna parejita de su corte. Eso supondría el colmo de mi infortunio: no lo soportaría.

—¡Patricia! —alzó la voz—. ¿Tienes un poco de sal? Es el vecino de al lado.

Abrí, sin saber bien qué hacía, uno de los muebles y cogí un paquete de sal; tratando de recomponerme, regresé hacia la puerta, maldiciendo lo inoportuno, para más inri, del dichoso vecino. Vecinos, por cierto, que no había visto en más de dos semanas que llevaba allí. Una de las virtudes de ese bloque radicaba justo en eso, en su silencio y en lo difícil que resultaba cruzarse con alguien.

El paquete de sal casi se escurrió entre mis dedos cuando llegué para descubrir que el supuesto vecino no era otro sino Leandro. La sangre helada se convirtió en un pesar denso al comprobar que había tenido la misma idea que yo. Allí estaba, oliendo a limpio, con su camisa de color claro y el pelo aún húmedo. Se había dado prisa por ducharse, igual que yo, y venir a mi apartamento. El deseo en mis entrañas gritó, pero tuve que refrenarlo con un nudo en la garganta que él notó.

—¡Qué torpe! He ido a comprar el vino —Alzó la botella— y me he olvidado de la sal. Leandro, para lo que necesiten.

Le tendió la mano a Beltrán y este le correspondió.

—Beltrán. —Me echó el brazo por encima de los hombros—. Y ella es mi mujer, Patricia.

Nos cogimos de las manos, sin lograr soltarnos, el saludo duró más de lo considerado formal y casi no fuimos conscientes de que mi marido podría percatarse de ello.

—Un día de estos, venga a cenar con nosotros —le invitó sin contar conmigo. Muy habitual en Beltrán, dueño y señor de sus decisiones, las mías y las de mis hijos—, mi mujer es una cocinera excelente.

—¡Claro! Si a ella le parece bien, estaré encantado. Gracias —dijo, levantando el paquete de sal.

Se desdibujó en el rellano, mientras yo lo seguía con la vista y con los ojos encharcados, hasta que Beltrán cerró la puerta y me dirigí hacia la cocina para enjugarme las lágrimas.

—¿Un vino…? —pregunté como pretexto para largarme de allí.

27

Esa noche, al final, no tuve sexo, ni con quien yo deseaba ni con mi marido. Me excusé argumentando que estaba muy cansada, cosa que era cierta; sin embargo, la verdad radicaba en que de nuevo me había convertido en una muerta viviente. Y no, no abandonaría mi cuerpo a un amante nada voluntarioso y menos acertado. Habría sido tentador cerrar los ojos e imaginar que quien estaba sobre mí no era él, sino Leandro; pero no lo mancillaría de esa manera.

Hablamos poco antes de su intento amatorio frustrado. Que si no soportaba estar sin mí, que si la casa estaba vacía, que se había dado cuenta de lo importante que era yo para él, que si… Pese a sus frases de cliché, algo dentro de mí se reblandeció: treinta años juntos eran muchos años.

¿Cómo había acabado yo con Beltrán, una chica de un barrio marginal de la periferia con un niño bien de Los Remedios? No me lo había planteado antes, y ahora que lo hacía, no le encontraba mucho sentido: proveníamos de mundos muy diferentes.

Él estudiaba Economía con el objetivo de llegar a ser catedrático, siguiendo la estela familiar. Yo, matriculada en Filología Hispánica, con el sueño de convertirme en escritora, como nadie en mi entorno. Mi madre era una ama de casa que echaba una mano en la pescadería de mi padre y que encontraba un ratito por las noches donde acurrucarse conmigo para leer las novelas de Corín Tellado. Por su parte, mi padre se levantaba a las cuatro de la mañana para comprar pescado en Mercasevilla y esperaba con puntualidad británica a que el agente de Círculo de Lectores le entregara el catálogo mensual. Y así el mueble bar de nuestro salón se llenó de títulos como: *La familia de Pascual Duarte*, *Jane Eyre*, *El viejo y el mar*, *Por quién doblan las campanas*, *A sangre fría*, *Matar a un ruiseñor*, *El Padrino*, *Holocausto*, *Los cipreses creen en Dios*… Títulos que él nunca leyó. «Hija, esta es la única herencia que te podré legar cuando muera». Libros que duermen en cajas en un trastero porque Beltrán los consideraba demasiado

horteras para nuestra flamante biblioteca y que temía, con motivo, que corrieran la misma suerte que mis otras pertenencias.

Tras años de mucho estudio y sacrificios, el joven prometedor alcanzó su meta; quizás, también, porque Patricia se encargó de procrear, cuidar, limpiar, cocinar, servir, organizar cenitas, ser la anfitriona ideal, lucir impoluta, aparcar su sueño y trabajar. Trabajar, muy a pesar de Beltrán, quien me reprochaba constantemente: «Te quejas por gusto. Lo que tienes que hacer es dejar de ocupar una plaza que bien la podría aprovechar otro: con mis ingresos tenemos de sobra». Y a ello añadía el ejemplo de muchas de las abnegadas esposas de nuestro grupo de *amigos*, su grupo, sus amigos.

¿Y de qué podía quejarme? No, atravesados los cincuenta, no había conseguido ser escritora, pero, en cambio, hacía gala de una familia preciosa, dos hijos con matrículas de honor en universidades privadas, unos buenos ahorros en el banco, algunas propiedades, miles de fotos que atestiguaban años de viajes por el mundo, un entorno de amistades tan vacías como llenos estaban sus roperos, un marido con su sarta de amantes cuyas existencias yo, supuestamente, desconocía; ah, y un hogar reluciente.

Hogar que limpiaba sola. Porque, ¡claro!, nadie lo limpia como tú, Patricia. Nadie cocina como tú, Patricia. Nadie hace la compra como tú, Patricia. Nadie ordena los armarios como tú, Patricia. Nadie organiza la alacena como tú, Patricia. Patricia, ¿dónde he puesto…? Patricia, ¿dónde está…? Patricia, ¿has ido a por…? Patricia, Patricia, Patricia… Nadie me cuida como tú, Patricia. Patricia, no comas tanto porque engordas. Patricia, la celulitis. Patricia, ponte estas cremas para las arrugas. Patricia, a pilates por muy aburrido que sea: te estás oxidando. Patricia, ¿dónde vas con esas greñas? Patricia, un poquito de maquillaje…

Pero, eso sí, contrata a una señora que se ocupe de tu madre durante su enfermedad, Patricia. Y ahí Patricia empezó a caer. Y Patricia solicitó una excedencia de un año en su puesto como profesora de Lengua, para cuidar de su madre y para ser ella quien la acompañara a las sesiones de quimioterapia y de radioterapia, quien esperara sola mientras la operaban, quien sostuvo en una mano la de ella y en la otra una novela de Corín Tellado, que le leyó entre lágrimas hasta que su madre se marchó para siempre.

Entonces Patricia no pudo regresar a su vida siendo la misma. Luchaba por no despreciar a quienes le repetían en el funeral que se

animara, con una palmadita en el hombro.

«Vamos a almorzar con estos», había sugerido Beltrán, después de que nuestros hijos se marcharan. «Quiero irme a casa…». «Será solo almorzar. En casa no has dejado nada preparado y en algún sitio tendremos que comer, ¡digo yo!». Pero yo no tenía hambre, solo quería acurrucarme en mi cama, escuchar a Marifé de Triana, ¡tan admirada por mi madre!, ver y rever un álbum repleto de fotos de una infancia feliz, estar cerca del ánfora, aún caliente, con los restos de su menguado cuerpo convertido en un polvo gris.

Sin embargo, como de costumbre, él desoyó mis necesidades. Guardó las cenizas en el maletero y me arrastró hasta un restaurante con la pandilla, su pandilla. «¡Hombre, encima de que han venido todos a acompañarte, no les vas a hacer el feo!». Allí, como una estatua, sin ni siquiera hacer el intento por coger el tenedor, los observé atiborrarse, beber hasta ponerse rojos, contar chistes, reír a carcajadas… Mientras, el desasosiego tras la pérdida de mi último bastión me consumía.

Porque no entendía cómo una mujer tan buena, tan sencilla, tan trabajadora, que jamás dañó a nadie, había muerto con ese sufrimiento atroz. Aún tenía abierta en canal la herida al ser testigo de cómo ni los calmantes pudieron aliviar su padecer inútil. Hasta que los médicos recomendaron sedarla… Una despedida ahogada que nunca sabré si ella llegó a escuchar.

Después, la nada, el vacío, el agujero en alguna parte del alma, el desconsuelo. Despertarme cada mañana desubicada, aún con la inercia de querer cuidarla, de creer que tenía que acompañarla al hospital… Llena de un amor filial que brotaba a raudales desde mi corazón y que se había quedado sin receptora…

Y Patricia se perdió.

28

Pero allí estaba él, con su polito rosa, sus pantalones cortos, sus náuticos de piel; con sus buenas palabras, sus mejores intenciones y preparando el desayuno por primera vez desde que lo conocí.

—¿Cómo te gusta el café, Patricia?

Sí, mi marido aún no había aprendido qué desayunaba yo. Ni cómo tomaba el café, a pesar de que yo era una mujer de costumbres y llevara décadas preparándomelo de la misma manera. Pero debía quedarme con el lado bueno o positivo de aquello: por fin iba a hacerlo.

Terminé de secarme, me había duchado otra vez, porque me molestaba su olor en mi cuerpo. Me eché por encima uno de mis vestidos fresquitos para la playa, un pañuelo amplio sobre los hombros y me dirigí a la cocina.

—No, tira para la terraza: he puesto la mesa.

¿Realmente había cambiado durante estas casi tres semanas sin convivencia?

Me senté en una de las sillas, a esperarlo, de espaldas al salón y en dirección a los dos trozos de azul, el del cielo difuminado sobre las aguas del Atlántico, que se vislumbraba desde ese rincón del apartamento. Al poco, apareció con una bandeja que puso sobre la mesita. Me acercó una taza humeante con un agradable aroma, un plato con un par de tostadas a espera de ser untadas, colocó las flores del día anterior en medio y todo ello regado con una galantería sobreactuada.

—No está mal este sitio… —dijo señalando al mar, antes de ocupar su asiento—. He estado mirando un chalé por aquí cerca... —Masticaba, hablaba, hablaba, masticaba dándose medio segundo de intervalo entre una acción y la otra—. Está muy bien. Las vistas son mucho mejores que estas. ¡Dónde va a parar! —Elevó el cuchillo que estaba utilizando para untar la mantequilla a su tostada—. Tiene cinco habitaciones, tres baños, un salón bastante grande y una cocina con

office, porche acristalado para el invierno, una zona de barbacoa, césped, piscina… Les mandé el enlace de la inmobiliaria a los del grupo y les ha encantado. —Señaló su móvil, que, por cierto, lo había dejado encima de la mesa, vuelto y al lado de su plato. No cesaba de sonar—. Ahí andan, animándome para que lo compremos. —Sonrió y mordió otro trozo de pan crujiente—. Podríamos aprovechar e ir a verlo después del almuerzo. —Se miró el reloj de pulsera que llevaba en la muñeca, regalo de su padre cuando se graduó y que le había costado más de lo que una persona promedio gana en un año, según solía alardear él. Aunque él utilizaba términos algo más peyorativos—. Por cierto, tenemos reserva en El Faro a las dos y media. Igual quieres que vayamos antes a la playa o algo... Aunque hoy no hace mucho calor, así que lo mejor sería aprovechar para encajarnos en el centro comercial y hacer la compra.

Bebió un poco de su manchado —leche desnatada, una cucharadita de café y dos pastillitas de sacarina— mientras yo me preguntaba quién era ese desconocido que tenía frente a mí, con quien llevaba casada más de media vida y por qué me sentía irremediablemente atada él.

—Les he dicho a Cristina y a Felipe que este fin de semana, nada de planes, lo pasarán aquí con nosotros. Luego los llamo otra vez. Lo que no sé es cómo van a dormir, este apartamento es demasiado pequeño. Voy a ver si encuentro algún piso más grande en alquiler…

—Para un par de noche, podemos abrir el sofá…

—No te preocupes, ya me encargo yo de buscar un sitio. Tú, relájate.

Y me dio un beso en la mano con su sonrisa extraña. La sonrisa de Beltrán siempre se me antojaba siniestra, fingida, como si nadie le hubiera enseñado. Intenté recordar si había visto a mis suegros sonriendo en alguna ocasión, pero no, no recordaba ninguna.

—Si los niños no pueden venir este fin de semana, avisaré a estos para ver quién del grupo se apunta, aunque tengan que arrendarse ellos algo si no cupieran aquí. Al menos salir juntos… Tengo apuntado varios restaurantes. Estaría bien contratar una embarcación alguna noche para darnos una vuelta por la bahía. Ya sabes… marisquito, champán…

Se esforzaba, Beltrán se esforzaba…

29

En la última cena con Sita, por primera vez, hallé el valor suficiente para verbalizar lo que había callado durante años. Daba por hecho que la mayoría del grupo lo sabría, pero ninguno de ellos, ni de ellas, se había dignado en delatar a su idolatrado amigo. Yo, por mi parte, tampoco fui capaz de confesárselo a nadie, ni a mi madre aquel día en el hospital, cuando me preguntó si era feliz; tan avergonzaba me sentía.

—Me fue infiel…

Sita no dijo nada. Imagino que a su edad pocas cosas le sorprendían ya. Bebí un poco de vino.

—Cuando mis hijos eran pequeños. Ya sabes… Yo les dedicaba la mayor parte del tiempo a ellos, la casa, el trabajo… Estaba agotada y no estaba tan dispuesta… tú sabes, a cumplir con él.

—Normal, ¿no? —Me miró frunciendo el ceño.

—Ya… —Suspiré.

Tomé otro sorbo largo de vino.

—No le había confesado esto antes a nadie, Sita. Me he sentido tan avergonzada…

Me cogió la mano y me miró con la ternura de una madre. Tragué saliva cuando el llanto quiso aflorar, porque quería continuar con mi desahogo.

—Hubo otra vez…

Sita continuaba expectante, con rostro serio.

—Beltrán me acusó de nuevo a mí. Se quejaba de que nunca me entusiasmó mucho el sexo.

—Con él…

Me ruboricé. Tomé otro sorbo de vino, inquieta. Ella escuchaba con cara de querer echarme una regañina.

—¿Tú le has sido alguna vez infiel?

—¡No! Ni de pensamiento. No estaba yo para esas cosas…

Alisé el mantel de la mesa y dejé las palmas de las manos sobre él,

mientras escuchaba a mi amiga.

—Él te ha puesto los cuernos ni se sabe las veces. Aunque tú pienses que son solo dos. —Negué con la cabeza, porque estaba segura de que habían sido varias más, muchas varias más—. Tú nunca te has acostado con otro, ¿y tú eres la culpable?

—Visto así…

—¿Acaso hay otra forma de verlo?

Callé. De nuevo callé.

Como había callado cada vez que él me confesaba una de sus infidelidades y se excusaba en algún comportamiento mío para justificarlas. Y, al final, yo misma me creí sus argumentos. Que, en definitiva, concluían en que yo era la única responsable, puesto que mi conducta le incitaba a arrojarse en los brazos de otras. Su visión de cualquier asunto solía aplastar mis propias opiniones o reflexiones. Hasta que, no sabía exactamente ni cómo ni cuándo, logró su objetivo: que yo cejara de discernir con mis propios criterios y acatara los suyos como las verdades absolutas que él me vendía. Él, Beltrán, el ser supremo, conocedor en exclusiva del bien y del mal.

Y empecé a reprocharme mi forma de actuar, mi manera incorrecta de razonar, a despreciarme por fallar, por fallarle, por empujarle, según me explicaba, a situaciones en las que no quería incurrir. Aprendí a no quererme, a odiar la visión de mí, la visión de esa Patricia filtrada por una lente opaca que Beltrán había colocado frente a mis ojos. Y terminé siendo una autómata, una prolongación más de él, otra de las piezas que él movía a su antojo en el tablero de ajedrez de su existencia.

30

No tuvimos ni un segundo de tregua a lo largo ese jueves, el que se suponía que iba a ser mi tercer jueves de retiro y de descanso en El Puerto de Santa María. Regresamos al apartamento más allá de la medianoche. Las bolsas de la compra seguían en el suelo de la cocina, menos los productos frescos y congelados que guardé en el frigorífico antes de volvernos a marchar. Nos dimos una ducha rápida, por separado. Beltrán antes que yo. Al terminar, temí que continuara despierto, esperándome para que mantuviéramos relaciones sexuales, pero, por suerte, ambos estábamos tan rendidos que, cuando me metí en la cama, él ya llevaba un rato roncando y ni se enteró de mi presencia a su lado.

Pese a mi extenuación, no logré conciliar el sueño tan rápido como mi marido. Necesitaba ver a Sita, porque charlar con ella me ayudaba a ordenar las ideas que, desde la noche anterior, aun se hallaban más confusas que antes. Mi recién conocida amiga me aportaba su sensatez, su calma y una sabiduría que pocas personas consiguen alcanzar durante una existencia entera.

Aunque, sobre todo, pensaba en él, en Leandro y en su influjo sobre mí, que me hacía sentir viva de nuevo. No, la irrupción en mi *impasse* de Beltrán no había conseguido apagar esa parte de mi interior, solo prendida por y para Leandro.

Una angustia punzante en la boca del estómago me recordó su imagen. Allí plantado, delante de la puerta de mi apartamento, frente a frente con mi marido, con su camisa clara remangada hasta la mitad de los velludos antebrazos y por fuera de los pantalones, el pelo húmedo, peinado hacia atrás dejaba al descubierto su frente poblada de alguna arruga fina; sus manos de uñas bien cuidadas, sosteniendo la botella de vino; sus ojos verde bosque, suplicantes y, a la vez, un gesto imperceptible en su rostro elaborado en exclusiva para que mi corazón lo descifrara: «Tranquila: todo está bien».

Esa comunicación con Leandro, sin palabras, solo la había

mantenido de vez en cuando con mis hijos. No importaba si ellos enviaban esos mensajes de forma subconsciente, yo solía descodificarlos. Me gustaba pensar que esa habilidad se trataba de un don o sexto sentido que las madres habíamos desarrollado con nuestra prole, y que nos permitía leer en ellos sin la intervención de palabras. Y con él me ocurría igual. Aunque estuviéramos en silencio. Cada una de sus minúsculas muecas, las involuntarias elevaciones o bajadas de las cejas, la profundidad y el brillo de su mirada, los dientes al morder sus labios, su sonrisa, la forma como se apartaba el pelo de la cara… Todo me hablaba en él. En muchas ocasiones, hasta se adelantaba a responder, de modo incomprensible, alguna pregunta que rondaba por mis pensamientos y que aún no le había planteado.

Leandro… Solo necesitaba averiguar si estaba bien, que no sufría por lo acontecido la noche anterior. No soportaba la idea de provocarle algún tipo de pesar, aunque lo hiciera de manera fortuita, porque su dolor se había convertido en el mío también.

¿Cómo saber de él? No me parecía apropiado enviarle un mensaje estando con Beltrán, puesto que mi marido tenía la fea costumbre de utilizar mi móvil sin permiso, como si fuera de su propiedad, mientras el suyo quedaba a buen recaudo de miradas curiosas. Tampoco podía llamarle a hurtadillas ni zafarme de su sombra sobre mí. Sabía de sobra qué ocurriría si le decía que tenía que salir: me interrogaría con un aluvión de preguntas y al final, o bien me acompañaba o bien lograba que yo misma desistiera en el intento.

Así que únicamente me restaba sentirlo en lo más profundo de mi ser. Cerré los ojos. Imaginé que lograba liberarme del carcelero que yacía a mi lado, que volaba lejos de la opresión de ese dormitorio asfixiante, que Leandro también abandonaba su cuerpo y se reunía con mi alma en un lugar etéreo, por encima de una realidad material que nos mantenía separados. Y allí nos abrazábamos, nos besábamos y ambos sabíamos que el otro estaba bien.

Por la mañana temprano, Beltrán recibió una llamada del trabajo, al menos eso me dijo, tampoco me importó demasiado si me mentía una vez más, y retornó a Sevilla. Tardaría un par de días en volver a El Puerto.

31

El día y medio con Beltrán me había agotado hasta la extenuación. No importaba si permanecía a su lado un minuto o semanas, sentía que cerca de mi marido mi energía se apagaba, como si extrajera de mi ser hasta la última gota existencial.

Sin ganas de bajar a la playa, me dispuse a recoger, limpiar y a ordenar los mandados que él insistió en comprar, porque lo conocía demasiado bien y a su regreso pasaría revista para verificar que el apartamento estuviera impoluto. Sí, mi marido era de aquellos hombres que deslizaban el dedo por los muebles cada mañana para asegurarse de que el polvo no se estaba acumulando; eso sí, jamás lo vi con una bayeta en la mano. Para eso ya estaba su Patricia.

Por la tarde, dormité un poco en el sofá. Estuve tentada de llamar a Leandro, de enviarle un mensaje e incluso de plantarme en su piso, pero… ¿para qué?

Durante la noche anterior en vela y esa mañana, había tenido tiempo para reflexionar sobre nuestra relación. Me gustara más o menos, yo estaba casada. Cierto, eran muchos los asuntos que debería enfrentar con Beltrán, de eso no cabía duda, pero habíamos formado una familia juntos y yo seguiría luchando por mantenerla. Como llevaba treinta años haciendo. Y Leandro también estaba casado; poco más que añadir al respecto. Por lo tanto, eso sin nombre que no llegó a empezar entre nosotros debía acabarse con nuestro último par de besos en las mejillas.

«Solo amigos», nos habíamos dicho. En esas dos palabras, mi mente encontró una hendidura por donde sabotearme: ¿Y si lo llamaba como a cualquier otro amigo? Pero Leandro y yo sabíamos de sobra que no éramos ni podríamos ser solo amigos.

Sería más adecuado detenerlo ahí, mejor no avivar un fuego cuyo desenlace desconocíamos y en el que tanto nosotros como nuestras respectivas familias podríamos salir muy dañados. Con suerte, algún día, el tiempo apaciguarían esa congoja en la boca de mi estómago,

esas náuseas, esas ganas de llorar y de gritar que me desgarraban en aquel triste penúltimo viernes de septiembre.

Me alegré de que el atardecer llegara antes de lo esperado, gracias a que las tardes empezaban a acortarse. Aguardé a Sita en el mirador. Refrescaba bastante. Cuando subió la escalera, le di tiempo para que dejara su bolsa de croché en el banco y me abracé a ella. Lloré la emoción que había estado reprimiendo durante esos dos días. Ella me cobijó como a una niña pequeña y me pareció escucharla llorar también. Nos sentamos. Sacó un pañuelo de su bolsa.

—Llora, mi niña.

Me soné la nariz entre jipíos ruidosos que no podía retener. Ella miró hacia el trocito de Atlántico frente a nosotras, secándose las lágrimas que le resbalaban por sus cuarteadas mejillas.

—La sirena tenía el pelo largo, oscuro… —indicó hacia la negrura que cubría la playa—. Como ahí abajo. Los ojos eran dos esmeraldas luminosas, vibrantes, de pestañas muy negras y rizadas. —Sonrió, al tiempo que se le seguía empapando el rostro—. Le brillaban cada vez que reía. —Se secó la cara con las manos—. Un día seré una sirena, igual que ella. —De nuevo apuntó con sus dedos artrósicos hacia donde no se veía nada, salvo las ráfagas del faro lejano—. En las profundidades de este mar existe un mundo que nadie ha descubierto. —Sin girarse hacia mí, añadió—: viviremos en él, juntas, hasta el fin de los tiempos.

Contemplé su serenidad de mirar acuoso. Su herida abrió la mía, desparramándose por mis ojos y por mi nariz. Le pasé un brazo por sus hombros, la apreté contra mí y le besé el cabello blanco. Olía a rosas.

—Yo corrí tras la sirena…

Necesité taparme los oídos para no oír los detalles del desenlace de aquella trágica historia; en su lugar, apreté los labios y los párpados con fuerza.

—Cuando llegué ahí… —Señaló con su índice derecho, trémulo. Las palabras le temblaron en los labios— ella ya había regresado a su mundo.

Ahogué un grito tapándome la boca con las manos. Guardé silencio a su lado. Ella no soltó ni un leve sollozo; así que yo estrangulé los míos en la garganta.

En aquella situación, ¿cómo iba a cargarle con mis penas, con mis

tribulaciones, con lo ocurrido aquella noche con Leandro o con lo que no ocurrió? ¿Cómo confesarle que no estaba dispuesta a tirar por la borda cuanto había construido junto a Beltrán? ¿Cómo explicarle que mi marido, a su manera, lo intentaba, se esforzaba? ¿Cómo decirle que no estaba segura de poder olvidar a Leandro? Me sequé las lágrimas y me soné la nariz.

—Y tú… ¿qué vas a hacer?

Con sus ojos empequeñecidos por la edad, de un azul casi gris, apagados y ocultos bajo pliegues de piel y sus lentes plateadas, taladró mi mente en busca de una confesión honesta.

—No lo sé, Sita.

—¿Has escuchado alguna vez que los moribundos se arrepienten de todo lo que no han hecho? —Asentí—. Pues a los viejos nos pasa lo mismo.

—Pero… a ti te queda mucho, Sita…

—Déjate de paparruchas. —De nuevo, sus aspavientos con la mano, como si apartara moscas invisibles—. Soy muy vieja para escuchar tantas tonterías. Ahora, óyeme tú a mí —ordenó tajante—. Mi amor y yo habíamos hablado de romper nuestros matrimonios y empezar una nueva vida. Habíamos, incluso, encontrado un pisito donde convivir con nuestros hijos. Pero…, el día señalado, con la maleta ya hecha… —Se llevó el nudillo izquierdo a la boca y negó con la cabeza—. No tuve el valor… No pude…

—¿Qué pasó?

—Se enfadó mucho, muchísimo. Ya había roto su matrimonio…

Repasé su cuerpo pequeño, me la imaginé cincuenta años atrás; habría sido una joven muy bella.

—Pero… yo no pude, Patri. No pude. A pesar de su frustración, se contuvo y me suplicó: «Piénsalo, por favor; porque, te aseguro que, si no nos fugamos ahora, este es el final. Me marcharé y jamás te volveré a molestar».

—¡Oh, Sita!

—Tenía tanto miedo, tanto… Estaba tan aterrada, Patri, que me mantuve firme y rompí nuestra promesa. ¡Qué imbéciles nos hace la juventud!

Le cogí las manos.

—Sita… —no sabía qué decirle.

—Yo era una mujer respetada, respetuosa, temerosa de Dios… De las que caminaban con la cabeza bien alta por la calle e iban todos los

domingos a misa. Me importaba tanto el qué dirán…

—Eran otros tiempos…

—Regresé a mi casa. —Me fijé, por primera vez, que, como las viudas de su edad, llevaba dos alianzas en su dedo anular derecho. Pero otra mayor le colgaba del cuello sujeta en una cadena de oro. Eso me extrañó, pero lo aparté de mi mente para seguir su confesión—. El mundo se cayó ante mis pies cuando entré en aquellas cuatro paredes y vi la cara de mi marido. De inmediato lo supe, estuve segura: jamás amaría a ese buen hombre como amaba a quien acaba de dejar marchar. Corrí, te juro que corrí tras mi amor. Fue demasiado tarde…

Tragué saliva. ¡Cuánto dolor albergaba mi amiga en un cuerpo tan menguado!

—Lo siento tanto…

Se tornaron los papeles y entonces fue ella quien me sujetó la mano.

—Escúchame bien —dijo agitándome con cuidado el brazo, para que le prestara atención—. Esas son las consecuencias cuando se toman las decisiones equivocadas, ¿me estás oyendo? Y no quiero que tú tengas que pasar por todo lo que he pasado yo en mi vida.

—¿Y cómo pudiste convivir cincuenta años más con tu marido? ¿Lograste ser feliz con él?

—He sobrevivido junto a él: no he vivido. Morí el día que dejé que mi amor muriera; a él, a mi marido, no volví yo, volvió un cuerpo vacío.

¡Qué injusticia! ¡Qué existencia tan terrible, llena de desgracias! Su amor, su hija, su compañero de camino durante seis décadas…

—Sita, no sabes, de verdad, cuánto lamento tus pérdidas.

—En eso consiste el juego, en elegir qué cartas nos quedamos y cuáles descartamos. Porque la vida ya se encarga de quitarnos las que a ella les place.

—Yo no sé qué cartas debo jugar, Sita. —Negué con la cabeza baja, confusa y apesadumbrada—. Me siento tan perdida…

—Silencia todo el ruido de fuera. Porque soportamos más interferencias de las que crees. Solemos escuchar más al resto que a nosotras. Pero, en silencio, dentro de ti —me cogió una mano y, junto a la suya, las colocó sobre mi pecho, donde se encontraba mi corazón — se encuentran todas las respuestas. Calla a los demás y escúchate a ti misma, de verdad. —Volvió a clavarme su mirada de mujer fuerte —. Eso exige mucha valentía, querida, toda la que yo no tuve.

Recuerda siempre que todo se paga, lo bueno y lo malo.

Se levantó con más dificultad que de costumbre.

—Y ahora, me voy.

También me levanté y la abracé con un amor que me nacía a raudales hacia un ser tan tierno con un caparazón tan duro.

—Te quiero, Sita.

—Déjate de ñoñerías, que soy muy vieja ya —pronunció esas palabras y me dejó un beso maternal en la frente.

32

Cuando desperté, aún me aguijoneaba el dolor de mi amiga como si fuera el mío propio. Recapacité mucho sobre nuestra conversación de la noche anterior. No sabía jugar las cartas que me había tocado en el reparto, eso estaba claro. ¿Qué ocurriría si tiraba a la basura lo único que me mantenía en pie, lo único tangible para mí: mi familia? En mi mundo real, el que me aguardaba en Sevilla, solo me quedaban Cristina, Felipe y, aunque no fuera perfecto, Beltrán. Ellos conformaban los cimientos de hormigón y ferralla que me sustentaban en esta vida.

Esas últimas semanas en Fuentebravía no configuraban mi realidad; formaban parte de un ensueño con dos protagonistas casi etéreos. Por el contrario, Beltrán era tangible. A su manera, y aunque a veces se desenvolviera con cierto egoísmo, me quería. Lo atestiguaban las repetidas veces que, tras caer en brazos de otras mujeres, al final siempre regresaba a los míos.

Por otro lado, a Leandro casi ni le había tocado; un apretón de manos esporádico, un par de besos furtivos en la mejilla… En mi imaginario, se asemejaba más a un espectro, a una ilusión, que a alguien de carne y hueso.

Y entonces, entre estos pensamientos, se colaban su mirada bosque, su magnetismo hogar, la comunicación casi telepática, el ardor que palpitaba dentro de mi pecho y corría con empuje por mis venas… Pero ¿había algo más quimérico que aquello? ¿Qué éramos Leandro y yo? ¿Amantes que no se habían casi rozado? ¿Amigos? Aire, solo aire.

Beltrán me llamó, tardaría un par de días más en venir a El Puerto, que no lo esperara hasta después del fin de semana, que estaba hablando con los niños para reunirnos los cuatros el siguiente.

Pasé el sábado en la playa, sin escapar ni un segundo de mis tribulaciones. Esperé hasta el atardecer para abrazar a mi amiga de

nuevo, hablar con ella un rato e invitarla a cenar. Tenía que aprovechar el poco tiempo que me restaba sola para estar juntas.

Sin embargo, Sita no llegó a la hora de siempre. Aguardé algo más, y más, hasta que oscureció por completo. Me extrañé: estábamos a 21 de septiembre y ella me había asegurado que el ritual lo realizaba hasta el último día del mes.

No podía llamarla, porque no sabía su número de teléfono. Tampoco dónde residía. Ella sí había anotado el mío y mis dos direcciones; eso me tranquilizó. Tal vez se le había presentado alguna visita inesperada. Seguro que había ocurrido eso. Pero, aun con ese convencimiento, decidí subir a nuestro bar por si cenaba allí.

Nada, ni rastro de Sita. Pregunté a los camareros y no supieron qué decirme. Vi al hombre de la pipa, sentado en una de las mesas de la terraza; como de costumbre, ajeno al jaleo del bar y ensimismado en el sonido de las aguas atlánticas. Sin tener en cuenta que mi intromisión podría molestarlo, indagué en si sabía algo sobre mi amiga.

—No, no la he visto en todo el día. Pero no se preocupe, la loca de las conchas aparece y desaparece. Ya volverá.

Su respuesta y su hostilidad contra Sita no me tranquilizaron. Desazonada, me encaminé hacia la salida. En el corto trayecto, me topé con quien menos quería tropezarme.

—Hola —me saludó Leandro un poco desubicado.

—Hola, soy Merche.

Una mujer alta y muy delgada, de aproximadamente mi edad, con una sonrisa dulce y abierta, y una melena larga y lisa, me tendió la mano. Le correspondí. Sin entender muy bien qué estaba ocurriendo.

—Encantada… —susurré en un hilo de voz casi inapreciable.

—Ella es Patricia. —Leandro no utilizó la forma hipocorística de mi nombre para dirigirse a mí. Fue un gesto llamativo que me contrario bastante. Más de lo que ya estaba. Porque marcaba, ante ella, las distancias entre nosotros dos—. Nos hemos conocido aquí… Está pensando en escribir un libro… —explicó titubeante. Esa situación también le pilló de sorpresa, porque no reconocí su modo de actuar. Como también, aunque lo entendiera, me molestó que le ofreciera una información a su mujer que yo les había confesado solo a él y a Sita.

—¡Oh!, ¡qué interesante!

Asentí sin saber muy bien cómo reaccionar. Y sin nada de ganas de profundizar en un tema que no le incumbía en absoluto porque

formaba parte de mi intimidad. Intimidad que él acaba de dejar expuesta.

—He venido buscando a una amiga… pero no está…

—¿Se quiere quedar a cenar con nosotros? —me interrumpió ella con suma amabilidad—. ¿No te importa, verdad, amor?

Esa forma de referirse, asestó un puñal en mi corazón. Me vi como una idiota total por manifestar recelo o signos de posesión sobre un hombre con el que no me unía ningún tipo de relación sentimental.

—¡Claro! Cena con nosotros si te apetece… Patri —noté que se le escapó.

Ese acortamiento, esas dos sílabas, en sus labios conmovieron mis cimientos, ya de por sí, completamente inestables.

—Muchas gracias, pero mejor en otro momento: acabo de subir de la playa y necesito una ducha.

—¿También te gusta la playa? —Sonrió ella—. Yo es que no la soporto: con la arena pegajosa, con el calor… Prefiero mucho más la piscina de casa… el aire acondicionado… Pero no hay quien pueda con este *pescaíto*. ¿Verdad, amor? —se dirigió riendo a Leandro—. Esta vez es que ni siquiera se ha dignado en plantarse ni un solo día en Jerez; he tenido que bajar yo a verlo, porque hasta estaba a punto de olvidar su cara. Pero mañana vuelvo a casa. No soporto ni el olor a mar siquiera.

La oí, sin escucharla, y la interrumpí en cuando percibí un descenso en su charla. Seguro que en otras circunstancia habríamos congeniado, pero aquel encuentro no era el más favorable para ninguna de las dos.

—Bueno… Encantada… Voy a ducharme…

Merche me plantó un par de besos.

—Ha sido un placer. Y, lo dicho, cuando yo vuelva la próxima vez, si andas por aquí, cenamos juntos.

Asentí y ella se encaminó hasta la mesa que tenían reservada. Yo me dispuse a marcharme de allí.

Leandro me cogió la mano e intentó retenerme.

—Patri…

Se la solté, con el cuerpo completamente dirigido hacia la puerta de salida. Aunque una parte de mi ser quería aferrarse para siempre a aquella mano cálida, a aquel cuerpo deseado.

Sin embargo, tras conocer a su mujer y comprobar lo encantadora que era, y la complicidad entre ambos, no podía sentirme más miserable.

¿A qué estábamos jugando? ¿Cuánto daño hubiéramos infringido con nuestra insensatez a nuestros seres queridos, ajenos a todo? ¿Cómo nos habíamos dejado llevar hasta ese punto? ¿Cómo habíamos sido tan irresponsables, tan inmaduros?

Aquello fue la gota que colmó mi determinación: continuaría con Beltrán.

—Adiós.

—Patri, yo…

—Adiós, Leandro.

33

No pude contener la amargura hasta llegar a mi apartamento. Lloré con desconsuelo por el camino. Algunas personas explotan hacia afuera, yo tenía la mala costumbre de implosionar, pero aquel lugar, sus aguas, atraía la marejada que contenía en mi profundidad oceánica desde décadas atrás.

En ese justo momento, lo que más deseaba era despedirme de Sita y volver cuanto antes a Sevilla, a la seguridad de lo cotidiano. Fuentebravía había transmutado en un par de días de ser mi remanso de paz a convertirse en un lugar asfixiante para mí en aquel estado de turbación. No soportaría encontrarme con Leandro ni una sola vez más y, muchos menos, verlo acompañado de su mujer.

Cuando pude serenarme algo, le envié un mensaje a Beltrán: «No vengáis a El Puerto. Yo voy a casa».

¡Qué idiota había sido! ¡Qué idiota! ¿A qué había estado jugando? ¡Qué inconsciente! Me quedé dormida entre sollozos y una letanía de reproches.

A las siete de la mañana del domingo ya tenía preparada la maleta. Pero, antes de marcharme, necesitaba ver a Sita como fuera, no me iría de allí sin saber de ella. Tenía que conseguir su dirección o su teléfono, y la promesa de que me visitaría en Sevilla. Quería asegurarme, también, de que podría localizarla cuando yo regresara a El Puerto de Santa María, porque, cuando cesara mi tormenta interior, repetiría la experiencia de dedicarme una temporada a solas para mí. Aunque no tenía muy claro que eligiera aquel enclave de la ciudad portuense.

Esperé con impaciencia en la playa esa tarde, hasta que la noche cayó por completo. Ni rastro de ella. De nuevo subí al bar, pese a temer coincidir con Leandro solo o acompañado de su mujer. Ninguno, ni ellos ni el hombre de la pipa. Intenté deshacer el camino que había visto transitar a mi amiga tantas veces. Busqué por cada

calle, por cada rincón, sin éxito.

El lunes amaneció con la maleta en la puerta ya preparada para partir, el apartamento impoluto y el último resquicio de esperanza de despedirme de mi amiga antes de marcharme. Pensando que quizás había cambiado el horario de su ritual, bajé a la playa al alba. Algunos corredores espaciados, algún transeúnte paseando con su perro y ni rastro de Sita.

Sin desayunar, recorrí palmo a palmo cada urbanización, me colé en varias privadas, aprovechando la salida o la entrada de algunos vecinos; en las que no puede acceder, las circundé por las vallas exteriores, como el sabueso que acecha a su presa. Más tarde, conduje por las barriadas cercanas. Nada, como si mi amiga no hubiera existido o se la hubiera tragado la tierra.

Después del almuerzo, con un vaso de gazpacho en el estómago, bajé a la playa enfundada en un chándal, porque empezaba a refrescar bastante. Esperé con la sangre galopando dentro de mis costillas hasta que la noche cerrada sin luna cayó. Aterida, abrazándome las rodillas y acunándome como si fuera una niña pequeña, la congoja por la desaparición repentina de Sita me sumió, al tiempo que avivó el vacío por el adiós que le susurré a mi madre, el adiós que jamás llegaría a saber si oyó o no; ese vacío se expandió en mi pecho.

34

¿Y si la pista para encontrar a mi amiga se hallaba en su símbolo, en el mensaje a su sirena?

Los primeros rayos de sol se colaron por la ventana de la cocina cuando abrí la maleta para coger mi portátil. Investigué los logotipos de cada empresa y cada hotel en los términos municipales de El Puerto de Santa María, Jerez, Chipiona, Sanlúcar de Barrameda y Rota. Encontré similitudes lejanas en los de algunas bodegas, pero no coincidentes. Un nuevo fracaso que no recortaba nuestra distancia.

Frustrada, me abrigué con unos vaqueros, una sudadera y fui al bar a tomar allí mi café, sin tostada, porque había perdido el apetito por completo.

—¿Sigue buscando a su amiga?

El hombre de la pipa desayunaba su carajillo. Asentí y agradecí que no la llamara la loca de las conchas.

—No se preocupe, mujer, ella es así: desaparece, pero a primeros de septiembre estará otra vez aquí.

—Seguimos en septiembre —le reproché a punto de echarme a llorar de nuevo—. Y usted me dijo…

—Esta vez habrá terminado antes. —Fumó un poco de su pipa y, en su cara de bucanero, dibujó algo parecido a una sonrisa, al tiempo que me guiñaba un ojo—. Seguro que está bien.

Le correspondí con otro intento de sonrisa. Y vislumbré que en su interior también debía de albergar a un ser cálido que protegía con aquella carcaza de frialdad y, en algunos casos, hasta antipatía. Aunque conmigo y con Leandro sí se comportaba de forma distante, pero cordial cuando le hablábamos.

—Ella… ya sabe, muy presumida no es… pero ¿a qué mujer no le gusta una peluquería…?

Le agradecí su insinuación machista, pagué mi café, su carajillo y le entregué una servilleta con mi número de teléfono.

—¿Sería tan amable de avisarme si la ve?

Reparé en sus ojos, enterrados bajo párpados hinchados y arrugados a partes iguales, eran tiernos, de un turquesa acuoso. «Otra criatura marina varada en tierra», me dije, sin atender mucho a ese pensamiento fugaz que cruzó por mi mente.

—Por supuesto.

Salí corriendo. Gracias a Google, localicé todas las peluquerías cercanas y no tan cercanas. Cero, nada. Tampoco en las tiendas de ropa, ni en ninguno de los locales del centro comercial El Paseo.

A mediodía, un mensaje de Beltrán me empujó hacia un callejón de una única salida: «Si no vienes hoy a Sevilla, mañana por la mañana estoy allí».

Mi marido no entendería mi necesidad por saber de Sita antes de regresar con él. Ni siquiera le había hablado de ella porque, conociéndolo, si se la mentaba, empezaría a boicotear mi relación con ella de muchas formas: ya había vivido varias situaciones similares con anterioridad. Mi círculo personal tenía que pasar por su criba y su aprobación, y en los años que llevaba de relación con él, nadie había logrado su venia. Así que, una cosa sí había aprendido de mi estancia allí en El Puerto de Santa María: la mejor opción era reservarme esa parcela solo para mí.

«Beltrán, tengo que estar aquí un par de días más».

Me la jugué, sabiendo que se podía plantar allí de un momento a otro.

Le solté una perorata sobre que tenía que dejar resulto algunos asuntos del apartamento, que debí de elaborar muy convincentemente, porque me respondió con un pulgar hacia arriba. Aquello no me dejaba mucho margen, me restaban la tarde del lunes, el martes y miércoles para localizar a Sita y, si no, confiar en que fuera ella quien contactara conmigo, porque sí que tenía mi número de teléfono. Esa determinación calmó un poco mi estado de ansiedad.

35

Aquel miércoles, último atardecer de mis extrañas vacaciones en Fuentebravía, con la esperanza marchita en mis sienes, extendí la toalla sobre la arena aún mojada, me senté y, además de la sudadera, me eché una mantita fina sobre los hombros. Hacía algo de viento de Poniente, lo justo para que sintiera el fresco y la humedad en la punta de la nariz.

Estos dos últimos días habían sido idénticos al lunes: buscar a Sita por cada calle, por cada rincón portuense que se me ocurriera. Pero ningún esfuerzo dio frutos: ella no apareció. Y sabía que el jueves no me quedaría más remedio que atender a la advertencia de Beltrán, o se plantaría de nuevo allí.

A esa hora de la tarde, de casi finales de septiembre, la playa estaba desierta, desolada, como yo. Más allá del horizonte, Cádiz y el recuerdo voraz de, quizás, uno de los acontecimientos más felices de mi vida tras el nacimiento de mis hijos, descubrir a Leandro, palpitó en mi pecho. En dirección opuesta, la playa del Almirante y el sol muriente tras su silueta de la ciudad roteña. A unos pasos de mí, el espacio vacío en la orilla dejado por Sita, junto a los guijarros y conchas que nadie recolectaba desde el viernes.

Acurrucada, desahuciada, decidí abandonar.

Justo en ese instante, cuando intenté incorporarme para irme, una mujer de melena leonina rubia, de aproximadamente mi edad, se dispuso a buscar las piedrecitas y las conchas que yo acababa de ver esparcidas por la orilla, como lo solía hacer mi amiga. Pero no fue hasta que empezó a dibujar el mismo símbolo que Sita trazaba, cuando algo se heló en mi sangre. El frío azotó mi cara y el abatimiento mi corazón. Cavó con las manos un agujero pequeño en la arena, sacó con sumo cuidado un bote metálico del macuto de algodón color azul que portaba, lo destapó, vertió su contenido gris ceniciento dentro del hoyo, lo tapó y lloró amargamente.

Yo, desde mi toalla, empecé a llorar también. ¡No podía ser! Me

levanté con un nudo en la garganta y fui a su encuentro.

—Es usted…

—Soy la hija de Dolores… Y usted debe de ser Patri.

Por un momento me sentí aliviada: mi amiga no se llamaba Dolores y no tenía ninguna hija.

—¿Dolores…?

—Sita… La llamaban así desde pequeña…

—Pero… —balbucí sin comprender en absoluto lo que estaba pasando allí.

—Murió de un infarto —guardó silencio unos segundos— el lunes por la mañana.

—¡Nooooo!

Me tapé los ojos y la boca con las palmas de las manos.

—Avisó por el botón de emergencia, al parecer llevaba enferma un par de días. Cuando llegaron… Nada que hacer… Me llamaron… Cogí el primer vuelo… Vivo en Canarias… —Señaló con el dedo índice estirado más allá del mar, justo como lo hacía su madre—. Ha muerto tan solita… Con la de veces que le dije que se viniera conmigo… Pero… No sé qué tenía con esta playa… No había quien la moviera de aquí.

Me limité a negar con la cabeza, incrédula, incapaz de asimilar lo ocurrido.

—Esta playa solo nos traía malos recuerdos… Aquí fue donde se ahogó nuestra vecina, su mejor amiga.

Aún seguía en *shock*. ¿Entonces la sirena no era la hija? Ella era rubia y estaba, evidentemente, viva. ¿La sirena era una vecina…? No entendía nada.

—Siempre me pidió que, cuando muriera, escribiera este símbolo con conchas en la orilla y dejara un poco de sus cenizas junto a él.

No podía ser. Eso no podía estar sucediendo. Sin sospecharlo, acababa de presenciar el funeral de mi amiga.

—¿Esta es…?

Miré hacia el ánfora y después hasta aquella mujer alta, en vano, esperando una negativa.

Asintió.

—Sí, es mi madre.

—¿Te importa? —le pedí y me arrodillé.

Ella se quedó a un lado, junto a la bolsa que traía.

«¿Por qué no me llamaste, Sita? Siento que te hayas ido tan solita…

Gracias por ser mi amiga. Te querré siempre».

Me levanté. Las piernas me temblaban. Su hija extrajo del macuto de algodón azul la bolsa de croché, con las asas de carey de Sita.

—Había una nota… —La abrazó, como si pudiera con ello abrazar a su madre por última vez y me la dio.—. Es para usted. Ella sabía que la encontraría aquí.

La abrí, dentro estaba su toquilla de punto gris, que aún olía a ella, a rosas, y un paquete color ocre.

36

El paquete color ocre que me entregó la hija de Sita contenía el diario íntimo de mi amiga y una nota:

Querida, Patri:

Hace un par de semanas, dejé de tomar la medicación para el corazón: pronto me reuniré con mi sirena.
En este diario está nuestra historia.
Querías escribir, ¡ale, escribe!
Y vive, no te conviertas en otra muerta en vida, como yo.
Mereció la pena aguardar a la parca en tu compañía.
Tu amistad y tu ternura vendrán conmigo a nuestro mundo
más allá de las olas.
Con todo mi cariño,

Sita

Esa noche no le di tregua al sueño. El amanecer entró por la ventana de mi dormitorio cuando mi vista alcanzaba el punto final del diario íntimo de Sita.

Dolores, Sita, y Nerea se convirtieron en vecinas cuando al marido de esta última, que trabajaba en la Compañía Telefónica Nacional de España, lo trasladaron a El Puerto de Santa María desde su Bilbao natal y se compraron un piso justo en un bloque al lado de donde vivían Sita, su marido y su niña.

Nerea, según explicaba mi amiga al principio de aquellas líneas llenas de un amor ahogado por la agonía, significa «la que manda en el mar» o «ninfa». Es un nombre proveniente de la palabra griega *Nereida*. Las nereidas fueron las cincuentas hijas nacidas de la unión entre Nereo y Doris, quienes también concibieron al hermoso Nerites, y poblaron las aguas del mar Egeo. Según la mitología, las nereidas simbolizaban cuanto había de bello en las profundidades de aquellas

aguas mediterráneas y socorrían a los marineros necesitados. De ahí que, ya entonces, Sita la denominara «mi Sirena».

Ambas, allá por la década de los setenta, eran un par de amas de casas y madres de niños pequeños. Entre ellas, al inicio, surgió una amistad muy estrecha. Amistad esta que se fue intensificando con el roce y el paso del tiempo. Hasta que un día, se horrorizaron al descubrir que les unía algo más, mucho más: se habían enamorado.

Sita confesaba que jamás se tocaron ni besaron, porque estaba mal visto y era pecado, no solo para la sociedad, sino también para ellas mismas.

Nerea, en euskera, tenía otro significado bien diferente: «la mía». Al parecer, su marido se apropió de la peor parte de esta otra acepción, puesto que, como si su esposa le perteneciera por haberla adquirido en alguna subasta esclavista, la vejaba y la maltratada. Por tanto, fue ella quien inicialmente propuso que se separan de sus respectivos esposos y vivieran juntas con sus hijos. Sita, movida por el entusiasmo primigenio y viendo aquella idea como algo que llevarían a cabo en un futuro lejano, aceptó. Sin embargo, cuando ese futuro idealizado se precipitó, ella entró en pánico.

Una mañana fatídica de un 23 de septiembre anclado en su memora, Nerea telefoneó a Sita porque su marido acababa de propinarle otra nueva paliza. En esa ocasión, aún más brutal que las anteriores. Cuando mi amiga llamó al timbre de su piso, esta ya había preparado la maleta. «Ha llegado el momento, tengo que huir o me matará». Sita, pese a encontrarla en aquel estado deplorable, se aterró: «Huye tú, mi amor; yo no estoy preparada. No puedo abandonarle ahora. Nuestra hija es tan pequeña… Él es un buen hombre, nos quiere mucho… No puedo arrebatársela. Necesito tiempo… Podemos seguir viéndonos…».

Calmó a los dos hijos pequeños de Nerea, que lloraban abrazados a las piernas de su madre tras haber sido testigos mudos de un nuevo acceso de violencia de su padre; los llevó con una vecina y curó entre lágrimas las heridas en aquella piel que tanto deseaba acariciar. Después, volvió a su piso mientras las dudas golpeaban con violencia en su mente: ¿Qué pensaría la gente al ver a dos mujeres viviendo juntas? ¿Sospecharían de nosotras? ¿Cómo se sentirían nuestros hijos? ¿Qué sería de mi marido sin mí y sin su niña? ¿Nos castigaría Dios por nuestro pecado? …

Al llegar, ocurrió lo que ella me había relatado. Nada más avistar el

rostro de su marido, supo con certeza que estaba cometiendo una gran equivocación. No, no iba a dejar a su verdadero amor en la estacada, así que regresó a toda prisa al piso de Nerea, pero esta no le abrió: ya se había marchado. La buscó: no podría andar muy lejos con una maleta y dos niños pequeños. Pero nada.

De repente, cayó en la cuenta de que, sin duda, le habría dado una segunda oportunidad y la estaría aguardando en su lugar favorito, ese lugar donde tantas confidencias habían compartido: la playa de Fuentebravía. Corrió con la certeza de que su sirena la esperaba en la orilla. Y, efectivamente, allí estaba.

Un grupo de personas se agolpaban a su alrededor, mientras un desconocido le practicaba el boca a boca en un intento de salvarle la vida. Pero todos los intentos fueron en vano, porque esta se le escurrió sobre la arena, justo donde Sita dibujaba el símbolo.

Desde entonces, cada septiembre recordaba al amor de su vida con el mismo mensaje. La «s» de Sita y la «s» de sirena entrelazadas, formando el signo de infinito sobre la «n» de Nerea, rodeadas por un círculo: un mundo oceánico solo para ellas dos.

37

Me desperté adentrado el mediodía del jueves. La maleta seguía esperando en la muerta. Pasé revista por última vez al apartamento: todo recogido y limpio; además, hasta final de mes no tenía que entregar la llave. Si se me olvidara cualquier cosa, tendría la opción de poder acceder a él. Necesitaba escapar de allí. Anhelaba mi rutina, mi normalidad, aunque la excedencia me la habían concedido hasta después de las fiestas navideñas. Había huido de la cárcel donde Beltrán me mantenía prisionera en busca de paz y regresaba presa de una amalgama de emociones de la que no sabía cómo escapar.

Sin meditarlo mucho, movida por el remolino interior tras la muerte de mi amiga y la lectura de su diario, le escribí un mensaje a Leandro.

«Vuelvo a Sevilla». «Tal vez algún día nos tropezaremos en alguna feria del libro». «Espero de corazón que seas feliz».

Contestó de inmediato.

«Yo me quedo aquí». «Definitivamente…».

No respondí a esa coletilla, porque tampoco entendí el sentido de sus palabras: la ambigüedad de los mensajes escritos es bien conocida. Y no quería ni profundizar en ello, ni contestar desde una interpretación subjetiva. Mejor dejarlo así.

«Seguro que volvemos a tropezarnos». «Tendrás que firmarme tu primer libro».

«Por supuesto».

«Patri».

«Dime».

«Solo amigos».

Dudé una décima de segundo si resultaba conveniente o apropiado contestarle a eso o no; sin embargo, lo que sentía por él tomó el control de unos dedos que me costaba gran esfuerzo retener:

«Solo amigos».

38

¡Qué alegría abrazar a mis hijos!

Los dos se tiraron sobre mí como cuando eran pequeños. El viernes no tenían clases, así que cogieron el tren y, cuando yo llegué, ya me esperaban en el piso. Beltrán retomó el saludo fraternal de besó en la mejilla, cosa que agradecí en mi fuero interno.

Al entrar, mi hogar ya no resonaba en mí como mi hogar; lo percibí extraño, desconocido.

Sin darme espacio para ubicarme apenas ni coger algo de resuello y tras beber un vaso de agua, Beltrán comenzó con sus prisas.

—Patricia, ¡vamos! Tenemos reserva a las tres.

La comida transcurrió muy animada y distendida. Por momentos, observaba la escena desde fuera y me reafirmaba en mi elección: ellos eran mi familia.

Cristina departía con los tres, risueña, equilibrando, por primera vez desde su pubertad, las interacciones entre su padre y yo. Sentí una gran plenitud en el corazón al corroborar que la estaba recuperando. Felipe, en su línea: juguetón y mimoso. Siempre tuve la sensación de que mi hijo era un niño sencillo y feliz. Nunca entraba en polémicas y huía de las discusiones. Cuando algo le molestaba, no callaba como yo, ni explotaba como su padre, lo expresaba desde un sosiego admirable. Muchas veces me pregunté de quién habría heredado aquel talante, y, no cabía dudas: de sus abuelos maternos. Eso me enorgullecía.

Tras el almuerzo, Beltrán ya tenía organizado el resto de la tarde y de la noche: una exposición de pintura que le habían recomendado los del grupo, merendar en una nueva cafetería de moda, al cine a ver el preestreno de no sé qué película avalada por las buenísima crítica y, como guinda, cenar en casa de mis suegros.

El viernes igualito, como si nos hubiera atrapado un bucle temporal. Agradecí, al menos, desayunar en pijama con mis niños, antes de salir corriendo otra vez. El sábado, a media mañana,

acompañamos a nuestros hijos hasta la estación de Santa Justa. Después, almorzamos en no sé qué restaurante también recomendado por no sé quién del grupo; más tarde, tomar unas copas en un pueblo de los alrededores con un compañero de él y, por último, de nuevo a Sevilla para cambiarnos, porque tocaba quedada semanal con la pandilla.

Sin tregua, deseando descansar, me duché. Como la noche se presentó bastante cálida en mi ciudad, opté por ponerme uno de los vestidos fresquitos que había comprado en El Puerto de Santa María. Dejé que el pelo se secara al aire, con mis ondas, como llevaba haciendo las últimas semanas, desde que decidí cambiar de corte; y, como único maquillaje, me coloreé un poco los labios.

—¿Todavía no te has arreglado? —protestó al verme.

Abrí los ojos de par en par, sin saber qué contestarle.

—Sí. Cojo un pañuelo por si refresca, y ya estoy.

—Pero… Vamos a cenar con estos. ¿No pensarás ir así?

Su voz sonó seca y autoritaria. El antiguo Beltrán reapareció de golpe, noqueando mis sienes.

—Sí, voy a ir así.

La nueva Patri también había emergido.

—Pero…

—Me dijiste que me veías muy guapa…

Fruncí el ceño, indagando en su reacción.

—Sí, y lo estás, pero no es apropiado…

—¿Apropiado para qué, Beltrán?

—¡No empieces otra vez, Patricia! —Se colocó las palmas sobre las caderas, como si se hubiera escapado de una película de vaqueros—. ¡Pensaba que ya se te había pasado tu neura! ¡He sido muy, pero que muy paciente con tu pataleta! —alzó la voz.

—¿Qué pataleta, Beltrán? —pregunté con suma calma, recordando la actitud de Felipe ante los desacuerdos.

—Eres una caprichosa. —Levantó el lado izquierdo de su labio superior, con desprecio, como si oliera vinagre—. Ahora estoy un año sin trabajar… —Cambió el timbre de su voz, simulando estar imitándome—. Ahora no me da la gana contratar a alguien para que cuide de mi madre y abandono a mi familia… Me desentiendo de mis responsabilidades… de mi casa, mi familia, de mis hijos… ¡Y de mí, Patricia! ¡De mí! —gritó, señalándose con ira—. ¿Qué quieres, Patricia? ¡Pero qué coño quieres!

Se adelantó hasta mí con el brazo derecho levantado. Lo miraba impávida, muerta de miedo, pero impávida. Por mi mente se cruzó el recuerdo de Nerea.

—No lo sabes ni tú. Eres una inconsciente malcriada. Si no llega a ser por mí, seguirías apestando a pescado, como tus padres. ¡Mírate! ¡Mira lo que he hecho de ti! ¡Te he convertido en una señora! Y tú…

Escuché cómo lanzaba su basura contra mí, sin dar crédito a lo que acaba de oír. En ese instante, Beltrán se presentó frente a mí tal cual era. Yo me negaba a reconocerlo así, sin su máscara, porque anhelaba encontrar en él el cariño y el apoyo que se le presupone a una pareja con quien se ha creado un camino de vida fundado en el amor.

—¿Tú me quieres, Beltrán?

—¿A qué coño viene eso ahora!

—Ya te respondo yo: no me quieres. —La rabia comprimida en una caverna, hasta ese día inaccesible, de mi ser condujo mis palabras. Pero seguí pronunciándolas en un tono templado—. Tú estás enamorado únicamente de ti. Es cierto, me has cambiado para convertirme en una muñeca, con kit de limpieza incluido, que pegara con esa imagen idealizada que tienes de ti mismo. Ahora sé muy bien quien soy, Beltrán. Ya ni tú ni nadie volverá a moldearme.

Fui al dormitorio por la maleta, aún sin deshacer.

—¿Dónde se supone que vas?

—Al apartamento de un solo dormitorio, con un solo baño, con una terraza minúscula y con dificultosas vistas al mar.

39

Esa noche dormí con un pijama de pantalón largo, la toquilla de mi amiga echada por los hombros, tapada con una colcha fina y como si unos ángeles me hubieran arropado.

Cuando los primeros rayos de sol alcanzaron la mesa del salón y el café mañanero impregnaba cada rincón de aquel apartamento pequeño, ya llevaba horas sentada frente al ordenador desde donde contemplaba con orgullo unas cajas llenas de libros horteras que mi padre me había legado. Por fin, también, después de desearlo durante más de treinta años, había empezado a escribir una novela.

En ella hablaría del amor entre dos sirenas, castrado por una sociedad que las encasilló como esposas abnegadas, como amas de casa, como madres, y les arrebató la libertad y la potestad de decidir sobre sus vidas, para otorgárselas a dos varones. Uno sería benevolente, tal vez hasta amaría a su compañera, pero el otro, miserable, convertiría la existencia de su mujer en un infierno agónico que la precipitaría hacia la muerte.

Tan absorta estuve en mi escritura que las horas se atropellaron sin notarlo. No malgasté ni un solo pensamiento en Beltrán, ni en si tomaría represalias contra mí. No me importaba. Yo tenía un buen trabajo, la casita con la pescadería, que me negué a vender pese a su insistencia, y los ahorros de toda una vida de mis padres, un humilde pescadero y una ama de casa. Sin duda, sobreviviría. Y sabía que mis hijos estarían bien.

Por fin había comprendido por qué aquel rinconcito de la Costa de la Luz me atraía con tanta intensidad desde pequeña: yo pertenecía a ese lugar, como Sita y Nerea, como el señor de la pipa, como Leandro.

Solo me restaba una cosa más.

Bajé a la playa con la bolsa de croché de asas de carey de Sita. La dejé con cuidado sobre la arena junto a la toquilla gris que me había

anudado al cuello. Me dispuse a recoger conchas y piedrecitas. Dibujé el símbolo de mi amiga y Nerea. Uní las manos y me adentré en las aguas turquesas hasta sumergirme por completo, con la esperanza de ver a las dos sirenas. Saqué la cabeza de debajo del agua y miré hacia donde el cielo y el mar se unificaban.

—Espero que por fin estéis juntas, Sita.

Lancé un beso con la mano. Me quedé un poco más allí dentro, aterida. Al salir, Leandro me esperaba con una toalla. Aunque no le había avisado de mi llegada, no me sorprendió encontrarlo en la orilla.

—¿No sabes que a esta hora es cuando los tiburones salen a comer?

Reí. Me acurrucó mientras tiritaba de frío bajo su abrazo.

—Estás helada.

Me apartó algunos pelos de la cara.

—Has vuelto…

—Sí.

—Habrá que intentarlo… ¿no?

—No nos conocemos… ¿Y Merch…?

Me cayó posando un dedo sobre mis labios.

—Patri, te voy a decir lo más cursi que habrás escuchado nunca y lo más cursi que, te aseguro, he dicho yo en mi vida: soy más yo cuando estoy contigo. —Apoyó la palma de su mano en el óvalo de mi cara—. Tengo la sensación de haber encontrado mi hogar a tu lado, porque llenas un vacío en mí que no sabía ni que tenía.

—Pero… ¿y si sale mal?

—Seremos solo amigos. —Sonrió.

—Solo amigos.

Primero me traspasó con su mirada centelleante, llena de bosque; después, la posó en mi boca y ya no hubo nada más que añadir.

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de

COLECCIÓN milamores

La otra mitad de mi corazón

Iris Romero Bermejo

«¿Debería contarle a mi pérdida lo que siento? Ya no más. Tengo que ser valiente, tomar las riendas de mi vida y no dejar que pase de largo sin haber hecho nada por cambiarla». Páginas llenas de amor, pérdida y esperanza que harán que no puedas parar hasta llegar al final de la historia de Lucía y Nacho. Una historia de superación y de la imprevisibilidad de nuestra vida en un libro precioso, inspirador y transformador».

Leer ahora

Índice

1 7
2 9
3 13
4 15
5 19
6 23
7 27
8 31
9 35
10 39
11 41
12 45
13 49
14 57
15 61
16 65
17 67
18 69
19 71
20 77
21 79
22 81
23 85
24 89
25 95
26 99

27 105
28 109
29 113
30 117
31 121
32 127
33 133
34 137
35 141
36 145
37 149
38 151
39 155